

# Red

Varios Autores



# *VARIOS AUTORES*

*RED*



Bogotá, abril de 2016

Primera edición

Título: *Red*

© Andrés Salgado / Autor

© Laura Cordoba / Autor

© Mauricio Moreno / Autor

© Margarita Arenas / Autor

© Angélica Contreras / Autor

© Natalia Gil / Autor

© C.J. Torres / Autor

Bogotá - 2016

© E-ditorial 531 / Editor

Bogotá D.C. - Colombia - 2014

Calle 163b N° 50 - 32

Celular: 317 383 1173

E-mail: [info@editorial531.com](mailto:info@editorial531.com)

Web: [www.editorial531.com](http://www.editorial531.com)

ISBN: 978-958-59284-3-5

Corrección de estilo

Carolina Jaramillo Agredo

Diseño de portada

Juan Pablo Donoso

DG Comunicaciones

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, impreso, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Red*

## Índice

<i>Prólogo</i>	7
<i>Trans</i> Andrés Salgado	9
<i>La última canción</i> Laura Córdoba Ramírez	21
<i>Otros labios</i> Mauricio Moreno	28
<i>Mujer ejemplar</i> Margarita Arenas	47
<i>Elena</i> Angélica Contreras	54

*Rothermus* 64  
Natalia Gil

*Los Objetos de la Casa Marriot* 79  
C.J. Torres

## Prólogo

El quehacer de una editorial como esta transcurre entre historias y temas diversos, mojar la palabra es siempre una excusa para tejer el mundo a partir de lo que pensamos y sentimos; esta vez nos reunimos para hablar de la *RED* y sus matices. Es un honor presentar a estos seis escritores quienes las abordan a partir de múltiples enfoques.

Las redes humanas nos convocan, algunas veces caemos en las que otros nos tienden, las mismas a veces nos salvan de la muerte o nos conducen a ella, nos atrapan y nos manipulan aprovechando nuestra necesidad de compartir, de pertenecer; allí encontramos mentiras y grandes verdades, manipulaciones, canales de denuncia y hasta un medio para sentir que encajamos, a veces desde la verdad y a veces desde la imagen inventada donde el deseo de compartir y la rivalidad están a la orden del día. Es una paradoja que en una época en la que las posibilidades de conexión son infinitas, la forma de hacer relaciones comience desde la virtualidad como detonante, dejando a la piel en un segundo plano. En algunos momentos las construimos para

esclavizar y destruir, para vengar nuestros dolores o simplemente para sentir que podemos controlar las vidas de otros, como una forma de esclavitud.

Esperamos que disfruten este libro y se dejen atrapar, es nuestra manera de agradecer a nuestros lectores, escritores, colaboradores, amigos y detractores por ayudarnos a crecer año tras año, porque son ustedes quienes al recibir nuestro trabajo con alma y corazón abierto, los que enriquecen nuestra labor.

*Carolina Jaramillo Agredo*  
*Abril de 2016*



**Trans**  
*Andrés Salgado*

Sigo sangrando por la nariz, tengo una herida abierta en la frente y mi ojo izquierdo comienza a inflamarse, producto del puñetazo cruel que me dio Mercedes en el cuarto de atrás. Sinceramente no esperé que tuviera tanta fuerza, teniendo en cuenta que se trata de una mujer. Pero bueno... si lo miramos en perspectiva, el sudoroso mastodonte bípedo pesa algo así como 130 kilos y no mide más de ciento sesenta centímetros. Esto es serio. Créanme.

Pero, ¿por qué estoy recibiendo coñazos de una gorda?

Bien, pues resulta que soy miembro de una red de trata de gente deforme y/o bichos raros. Consigo *freaks* para *freaks*, en parte es por eso.

El caso de Mercedes es uno de los más inofensivos; he visto cosas peores: algunos han pagado por sexo con personas de miembros amputados, ciegas o en estado de coma. Recuerdo que una vez un cliente nos solicitó una mujer mayor, como de unos 80 años que ojalá usara pañales defecados. Su mayor fantasía era penetrarla, siempre y cuando

la anciana tuviera el pañal lleno de heces y estuviera dormida.

También se me viene a la mente un peruano de clase alta, de esos que no se mezclan con los indígenas; le encantaba que alguien le propiciara choques eléctricos mientras una puta le metía por la nuca agujas calientes.

Puedo jurar que esto de la gorda es una tontería. Nos la solicitó un pastor de una iglesia cristiana, esos y los curas, son los bichos más degenerados de la raza humana. Me encontré con él en la cafetería de la playa donde siempre me cito con los clientes, le pregunté por qué en su caso, quería tener sexo con una gorda. Me contó que quería hacerlo porque extrañaba a su hija.

Sinceramente no entendí nada. ¿Qué tenía que ver su retoño y semejante aberración? Pues bien, el tipo me hizo saber que su única hija, aunque había nacido con una masa corporal promedio, empezó a desarrollar un sobrepeso grotesco, lo cual a su vez, le hizo recordar con el tiempo a la primera puta con la que perdió la virginidad. Eso lo encariñó.

Como el pastor no tenía sexo con su esposa, fue seduciendo a su propia princesa hasta fornicar con ella cinco veces por semana. Y todo hubiera ido de maravilla a no ser porque después de unos años, la muchacha murió de un coma diabético. El rinoceronte con vulva descubrió el chocolate para untar y se volvió adicta. Un día, su corazón hizo "*piaf*" —como Edith— y chao.

Cuando le pregunté cómo es que su hija no lo denunció nunca, me contestó que Liliana, como se llamaba la joven, padecía un retraso mental moderado, pero además me hizo saber que él estaba convencido de que en el fondo a ella le gustaba su manera de darle sexo: "mientras le hacía

sexo oral, puedo asegurar que ella siempre lubricaba por la boca”, me aseguró con fe. Yo me quedé callado mientras vi que al pastor se le escurrían unas cuantas lágrimas como de nostalgia, de la nostalgia esa que da cuando se pierde algo que jamás va a volver. “Tal vez podamos regresarle a su hija en forma de fantasía”, le dije.

Él me contestó que esto no se trataba de ninguna fantasía. Me pasó una foto de su Liliana y me exigió que la candidata fuese parecida en todo, no solo en lo físico sino que también tuviera un retraso mental, además de la gordura necesaria. Si conseguíamos el *pack* completo, él podía pagarnos el doble. Enseguida nos pusimos a la tarea; fui a hablar con mi socio al que le decimos “El trapo”.

En esta red, yo siempre soy la carnada. Tengo 29 años y soy encantador. Algo nervioso pero fascinante. Sé tratar a la gente y cuando quiero, ¡puedo ser tan dulce!

Buscando a la víctima, me fui a esos colegios para gente “especial” (*¡checked!*) y metido en el carro oyendo “*Aire*” de Los Cafres, empecé a perfilar a mi voluminosa chica.

Para ser franco, no me costó mucho trabajo. Apareció enseguida. Salía rodando con un vestido de flores, su pelo rizado y largo y una despampanante sonrisa idiota mientras conversaba con un par de amigas casi igual de bobas a ella. Estaba seguro de que hablaban de Justin Bieber o de Edwin Garrido: siempre he dicho que los imbéciles adoran a los imbéciles.

Hacer que la gorda cayera en mis redes era pan comido. Mis ojos azules tienen un *affair* con el mar de mi ciudad.

Me bajé del carro y caminé un rato detrás de ella en medio de la algarada de los estudiantes. Pude escuchar las cosas que necesitaba saber: se llamaba Mercedes Ramos y le encantaba chatear en *kitty.com*, una de esas páginas para

conocer nuevos amigos y “¿por qué no, al amor de tu vida?”. De ahí en adelante se puso en marcha la táctica sin fin: un perfil falso (me puse “Búho” en el *chat*), las frasecitas matadoras, la dulzura *high* y cuando ya la tuve conectada de corazón y vagina, solo había que armar una cita en el Malecón para conocernos mejor.

Enamorar a una gorda retrasada es un hielo en la caldera de un sauna. Mercedes se enamoró completita de mí sin haberme visto en persona. Un *hit*: me mandaba besos al *whatsapp*, corazoncitos de Pitufos a mi falso correo electrónico y hasta poemas sosos. En dos semanas yo tenía a su amor sitiado a mi merced.

Las ilusiones venosas casi nunca tienen sangre, —piénsese—.

Hay veces que el sol se esconde en la tarde y nos deslumbra de nuevo, como si nos rasgara la piel por primera vez.

Yo por mi parte le contestaba al bofe con amor, con el amor más puro que la falsedad puede concebir. Le decía que jamás había sentido lo que sentía cuando chateaba con ella y que para alguien como yo, acostumbrado a tener a tantas mujeres que se acercaban a mí por mi físico, era reconfortante darle un respiro a mi alma con una mujer que miraba más allá de mi cara bonita. Yo también estaba sintiendo maripositas en el estómago. En el estómago de una Moa.

En esta vida, lo verdaderamente difícil es no mentir.

Con el paso de los días pude saber lo que necesitaba sobre mi nueva enamorada, para que cuando llegara el momento justo y la secuestrara, no hubiera problemas con la ley ni con nadie que fuese a rescatarla. Supe que Mercedes vivía con una tía solterona que era maestra en el colegio donde ella estudiaba y que por las tardes se iba a dictar yoga

a ancianos terminales (por cierto, también consideré a la tía, por si en un futuro, aparecía algún depravado al que le encantase penetrar a una *milfyogui*, en medio de la postura del cuervo y del grito de “OMMMMMMMMM”).

El caso es que Mercedes, mi víctima, permanecía toda la tarde sola. Y a pesar de que, como les dije, su edad biológica era de 25, no tenía un desarrollo mental más allá de 15 años. Por momentos, cuando chateábamos, pensaba que ponía a una hermanita menor a responderme. Era una excitación fofa. Además, me enteré de algo sublime: la manazas era virgen.

Antes del encuentro en la cafetería del Malecón, se lo hice saber a mi socio y él se lo comunicó al pastor caliente y desorbitado.

“Se la conseguimos inmejorable”, le dijo “El trapo” al dildo de Jesús. “Escúcheme bien: además de ser gorda y retrasada, es virgen. Ella vale no un 100% más de lo que nos prometió sino un 150% al menos... y si no nos lo paga, entonces no habrá felicidad para usted”.

“El trapo” me contó que nuestro pastorcito no pudo evitar apretarse su bulto mientras nos firmaba el cheque requerido, suplicando que se la lleváramos esa misma noche. Estaba *crazy* y necesitaba penetrar a su fantasma.

Yo seguí adelante.

La cité en la cafetería del Malecón. Antes de vernos cara a cara alcanzó a chatearme: “cuando nos juntemos, sabrás algo que nunca le he dicho a nadie en mi vida”.

Nos encontramos como quien pare un hijo en el agua. Me aseguré de que llegara sola.

Cuando nos reconocimos, pude notar que se había maquillado mal, que le temblaban las piernas y la mandíbula, y que su labio inferior se estiraba y se contraía en un acto

reflejo de nervios. Estuvo sonrojada todo el tiempo porque el amor es tan obvio como el desconcierto.

Repetí mis comentarios habituales: “eres más bonita de lo que creía”, “me gustan tus ojos”, “se te hace un hermoso huequito en los cachetes como a mí”, “estamos vestidos con los mismos colores” y otras frases para mentecatas. Noté que cuando hablaba, se entrecortaba y sus tetas subían y bajaban como si estuvieran metidas en un ascensor cocainómano.

Y mientras conversábamos, preñados por una tarde azul, le eché en el momento más romántico y como siempre lo hago con mis víctimas, la mágica escopolamina en su gaseosa roja para luego llevármela al carro como un borrego.

“Tengo algo que decirte, Búho. Quiero contártelo antes de irnos de aquí”, me dijo.

Y le contesté lo que contestan los funcionarios públicos que deben darle la medicina a los desvalidos: “después”. Nos deslizamos un poco por la ciudad de arboles y brisas, bordeando la carretera que da al mar, mientras oíamos eternamente “*Don't go and put a bullet in your head*” de Lenny Kravitz, como ya es costumbre cada vez que cae un pez gordo a mi red.

Mercedes miraba el mundo con las pupilas de un gigante, al tiempo que un hilito de baba le salía por la comisura de sus desganados labios. Y esa sonrisa idiota...

Por un momento me empapé de un aceite mental nazi y recordé la vez aquella que un *mongo* me metió una zancadilla en el salón del colegio. Recuerdo que me levanté del suelo con el tabique roto y así ensangrentado como estaba, lo agarré de la cabeza y lo estrellé contra el tablero hasta hacerle una herida profunda, como esa que queda en las almas cuando se nos muere aquel a quien amas.

Nos llevaron a la rectoría, que es como la cárcel de los niños.

Mi madre escuchaba la versión del idiota, llamado Rodolfo Ibañez, en donde aclaraba que la zancadilla había sido sin querer, mientras la herida de su frente en retribución, seguía chorreando sangre por encima del esparadrapo. La madre del tarado decía también: “fue sin querer”.

Era increíble: ofrecer disculpas y sentirse mal por haber recibido una reprimenda. El culpable había sido yo por haberle estrellado la cabeza contra la pared a un estúpido del curso. Pero como yo actué en defensa propia era el rey.

La cara incómoda del rector provocaba muy en el fondo, la sonrisa de mi madre, una sonrisa hermosa que jamás pudo disimular; es que a mi madre como a mi, nos divertía contemplar a los idiotas, solo que mi madre era políticamente correcta y no lo aceptaba en público.

Así que mientras manejaba por la autopista, tomé a Mercedes por el pelo y le pregunté como si fuese aquel viejo momento de la rectoría: “¿Fue sin querer, Mercedes? ¿Crees que todo en la vida se hace sin querer?”

Mercedes veía a la ciudad masturbándose en un líquido salino de calles que anunciaban la noche. Y ante mi pregunta, ella no contestó nada. Se quedó callada, tal vez pensando en el tiempo perdido de ese día. Asumiendo que algo no andaba bien, como le pasa a los oficinistas cuando salen del trabajo, cuando sienten que ahí encerrados en el cubículo, se mueren otro poco.

Llegamos a la finca que tenemos cerca de Manzanillo del Mar. Habiendo estacionado, la ayudé a bajar. Como estaba anestesiada, pesaba como un yunque. Costó demasiado apoyarla en mi.

“Déjame decirte lo que había pensado para ti”, me suplicaba mientras la arrastraba al cuarto del deseo donde se encontraría con el pastor nostálgico que seguramente estaba por llegar.

Cuando estuvimos adentro de la habitación dejé el bulto de grasa que era ella y le pregunté qué era lo que tenía que decirme. Me miró como miran las vacas que van hacia el matadero:

“No tenías necesidad de hacerlo, bobito”, fue lo que me dijo.

“¿Hacer qué?”, le pregunté fornicado por mis falacias.

Ella me dijo que sabía que yo la había “emburundangado” y que no tenía por qué haberlo hecho porque yo le encantaba y porque desde que me conoció tuvo claro que iba a perder su virginidad conmigo sin necesidad de haber tenido que drogarla. Luego me sonrió como mirando a la luna y me dijo que estaba enamorada de mí.

Pensé en mi madre. Me reí como lo hubiera hecho ella si hubiese estado viva.

“¿De qué te ríes, Búho?”, me preguntó desconcertada. “De que eres una gorda bruta”, le enfaticé pero con ternura, “aunque fueses la última vagina del mundo, yo jamás escupiría mi líquido precioso adentro de ti, boba”.

Ella palideció como si tuviera cinco años y se hubiera perdido en un supermercado marciano. Y yo rematé diciéndole sin perder mi caballerosidad que no iba a hacerle el amor y que contrario a todo, ella era una víctima más de la organización de trata de gente deforme y/o bichos raros. Le aclaré, por si no lo había entendido, que ella era una cosa deforme y/o rara... y que además si iba a tener sexo, era con un *clientepastorcristiano* que violaba a su hija mongólica y que había quedado preso de la nostalgia para toda la eternidad.



“Esta noche, tú eres la nostalgia”, le dije.

En esta vida, lo verdaderamente difícil es no mentir.

Le dije que le traería un vaso de agua y que mientras el pastor venía, era importante que pensara en sexo para que su cliente la encontrara lubricada y no le doliera tanto. Al ver su cara de tristeza, le sonreí y le dije que no osara nunca más pensar que con sus dientes pequeños, su encía grande y sus aros de cebo indómito, alguien iba a fijarse en ella.

Con la poca dignidad que le quedaba sollozó: “yo no soy tan gorda”. Y le rematé: “claro que no: eres una cerda”, y dejé escapar una nueva risotada.

Y de aquí en adelante les juro por Dios que esto pasó:

Estaba a punto de abrir la puerta del cuarto cuando sentí que sus manos me atrapaban la cabeza y en medio de gritos, ella me aprisionaba hasta el delirio mientras su voz me pedía que le repitiera lo que le había dicho. Pensé en aquel tontarrón del colegio, en Rodolfo, y enseguida sentí cómo mi hermosa cara se estrellaba contra la pared al tiempo que Mercedes me reventaba el tímpano diciendo que no era una cerda.

El primer golpe y el *crack* de mi tabique otra vez. El segundo y una herida abierta en la frente. El tercero y logré zafarme. Era eso o morir. La empujé un poco y traté de correr pero la subnormal, con una agilidad que aún no entiendo, se repuso muy rápido y me cimentó un puñetazo en mi ojo izquierdo. Di unos pasos agigantados y cerré la puerta en medio de un forcejeo de cien demonios. Mercedes quedó adentro del cuarto y aullaba, poseída por el descontrol. Chillaba como la cerda que era y desgarraba la garganta asegurando que me iba a matar y que iba a despedazar con sus propias manos a quien entrara por esa puerta porque si era una cerda, sería la cerda del averno, la cerda de Lucifer y Sansón juntos.

Estaba fuera de sí el animal triglicérido.

Ahora estoy tratando de recordar todo esto mientras me pongo un algodón en la herida de la frente. Había dicho antes que lo de la gorda era estúpido pero en estos momentos les juro que jamás había pasado por algo así. Ninguna de mis víctimas me había sacado una gota de sangre. Mi tabique roto me lleva atrás en el tiempo.

Para rematar, escucho la puerta tocar. Me seco la sangre y abro. Mi cara no es la más presentable ante el pastor cristiano que transforma su expresión de lujuria en el eterno desconcierto de aquello que no suele avisar cuando se presenta.

“¿Qué le pasó? Está hecho un desastre” me dice. Le respondo que se presentó un problema con la clienta. Le digo que se trata de una cerda. Se puso furiosa y me atacó. El pastor sonrío y vuelve a apretar con una mano el bulto entre sus piernas.

“Peligrosa es más caliente”, me responde con la cara roja y con una certera carpa de circo entre las piernas. Le advierto que Mercedes noquea como un campeón de boxeo. Y que lo mejor es que no entre a verla.

Pero él solo es un glande arrastrando a un recuerdo.

Le pido a su Dios que proteja su vida mientras voy al cuarto principal donde hay unas cámaras que permiten ver lo que acontece en el cuarto donde está esa loca untuosa.

Enciendo el monitor y esto es lo que veo: el pastor entra sigiloso y con algo de temor aunque con una sonrisa franca buscando a Mercedes a quien no percibo inicialmente. Pero luego yo hago un *zoom out* y la encuentro sonriéndole a su “cliente”.

No puedo creerlo: ella no puede reír porque los cerdos no ríen. Sé que es una trampa hacia el pastor que ya empieza a relajarse y a sonreírle de vuelta.

Y justo cuando el pastor se dispone a tocarla, la muy papanatas se le lanza como un *macaco-trans* al cuello y con sus dientes puntiagudos arranca una parte del cuello al pobre hombre, provocando que el trastornado caiga a la cama y convulsione como un poseído de Buer.

A la cerda se le ha salido la bestia.

En esta vida, lo verdaderamente difícil es no mentir.

Ahora se dirige hacia la puerta con la boca llena de sangre y escupe pedazos de cuello de pastor y golpea la madera como loca.

Yo estoy ahora escondido con llave en la pieza principal. La cerda está llena de grasa de furia saturada y acaba de tumbar lo que queda de su cuarto. Ya no alcanzo a verla y solo puedo prepararme para la batalla final.

Confieso que empiezo a temblar ahora que escucho sus pasos acercarse por el corredor. A pesar de que tengo un revolver en las manos, sé que cuando le dispare, ella amortiguará las balas con su colesterol de despecho. Se vaciará todo el proveedor de la pistola en su barriga y cuando el aparato no sea más que una goma de mascar, Mercedes se lanzará sobre mí como hizo con el pastor y me retorcerá el cuello.

Veo venir un golpe fuerte contra la madera.

Me aseguro en todo caso de que la pistola esté cargada para dispararle a la adiposa apenas tire la puerta abajo.

Escucho un estruendo y veo que la puerta cae. Como si el mar se saliera de su espacio. Pienso en la calumnia de la nostalgia.

Intento disparar contra sus llantas lipoproteínicas pero no me salen balas. Un percutor dañado. Mercedes me mira y en sus ojos pequeños puedo ver un fuego anaranjado de ira. El dolor de una marrana engañada y con sus ilusiones maltrechas.

Yo atino a decirle algo en medio de un tartamudeo:

“No quise herirte, Mercedes: te juro que fue sin querer”.

Pero mientras Mercedes me asfixia, me susurra al oído:  
“Nada ocurre sin querer”.

## La última canción

*Laura Córdoba Ramírez*

Últimamente solo pensaba en morir, ¿qué sentiría yo?, ¿qué sentirían los demás? No podía dejar de imaginar el circo que sería mi funeral, mis primos y tíos que no veo desde hace mucho fingiendo tristeza. Me preguntaba si sería un fantasma, o si podría ver a mis primos pequeños corriendo y gritando por todos lados. Pero lo que más me gustaría ver es la reacción de mi papá una vez le llegue la noticia de mi muerte.

Todo empezó cuando escuche a mi abuelo hablar con mi mamá:

—Y tú que querías abortar— le dijo antes de comenzar a reírse. — ¿Te imaginas que no me hubieras hecho caso? Tu madre se habría puesto furiosa contigo—.

No escuché lo que mi mamá le respondió. Salí corriendo, me encerré en mi cuarto y llamé a mi mejor amigo. — No te preocupes, lo que importa es que tu mamá no tomó

esa decisión y se lo agradezco, porque si no, no te hubiera conocido— me dijo; sin embargo, ese pensamiento sobre cómo sería la vida de los demás si yo no hubiera nacido me carcomía, no me dejaba dormir.

Aquel día de Marzo, en la radio sonaba esa triste canción sobre lo doloroso que es perder a la persona que más quieres en el mundo y cómo tu mundo se destruye con ello. Sonó el teléfono, era Claudia, la enfermera del abuelo. —Necesito urgente a tu mamá— dijo. Sin preguntar para que, llamé a mi mamá para que contestara el otro teléfono, así podría espiar desde este. — ¿Pero está muy mal?— escuché decir a mi mamá. —Si— respondió Claudia, —Véngase ya doña Elena, y traiga a la niña que el señor Luis está preguntando por ella—.

—Él estará bien, ¿verdad?— pregunté. —Mi amor, él ha estado muy enfermo y lo sabes. Debemos estar preparadas para que él se vaya en cualquier momento—. No podía creer lo que mi mamá me estaba diciendo. Mi abuelo era la persona más importante en mi vida, era la única razón por la cual no había intentado nada aún, además porque quería que sucediera de una forma especial y no la había encontrado.

Cuando entré a ver al abuelo me abrazó tiernamente, me miró a los ojos y me dijo que me amaba, ambos sabíamos que no volveríamos a vernos. Me dijo que estaría siempre conmigo, que cuidaría mis pasos y que yo no estaría sola, que solo debía pensar en él. Luego me contó que iría a un lugar hermoso donde solo se sentía paz, donde ya no sentiría dolor. Fue ahí cuando supe que había llegado mi momento, ese que tanto había esperado.

Ya todo estaba planeado, sería rápido; a las once de la mañana mi mamá saldría de la casa para comprar lo del

almuerzo, cuando ella volviera ya todo habría terminado. La cuchilla estaba lista, escondida en lugar secreto de mi cuarto que solo yo conocía, había visto unos cuantos blogs en internet donde explicaban cómo hacerlo. Estaba ansiosa, lo haría frente al espejo, quería ver como brotaba mi sangre por la herida durante el mayor tiempo posible para entender cómo se me escapaba la vida. Sobre la mesa dejaría una carta a la vista de cualquiera, estaba segura de que mi mamá encontraría mi cuerpo alrededor de la una de la tarde, cuando viniera a buscarme para almorzar.

## 2

Ella había sido mi única amiga. Nos conocíamos desde pequeños pues nuestras mamás fueron al mismo colegio, se casaron el mismo día y cuando nacimos quisieron que fuéramos grandes amigos; ninguna esperaba que nos enamoráramos, o tal vez sí, ya que eso pasa muy seguido en las películas y en los libros, pero eso no importa.

Sabía que lo que ella más quería, era morir. Desde aquel día en que me llamó no había hecho más sino hablar sobre lo mismo todo el tiempo, y fue peor cuando su abuelo murió. Recuerdo perfectamente ese día: eran cerca de las diez de la mañana cuando ella me llamó para contarme, estaba destrozada. Como mi familia y la suya eran muy unidas, mis papás y yo fuimos al funeral y todas esas cosas, ella estuvo muy callada por esos días.

Teníamos unos doce años, caminábamos desde el colegio hacia la casa, yo siempre la acompañaba, ese día empecé a entender que sus palabras sobre la muerte eran de verdad, hablábamos sobre cosas sin importancia y de la nada me preguntó:

—¿No te parece interesante?, digo, saber qué pasa cuando mueres, ¿a dónde vas? ¿Con qué personas te podrías encontrar? Yo no dije nada, solo escuchaba, me gustaba escucharla hablar de las cosas que más le gustaban.

Yo no quería que se muriera, tenía que hacer algo para ayudarla, quería verla feliz pues ella siempre había estado ahí para mí, ayudándome con mis problemas y con mis tareas, me defendía de los matones del colegio, no me juzgaba, me entendía, era perfecta, la indicada.

Sabía que yo era su único amigo y eso me gustaba; ser el único al que ella le ponía cuidado, al que le contaba sus cosas. Después de su cumpleaños número diecisiete comencé a diseñar un plan...

### 3

La conocí en Internet por medio de mi mejor amigo, parecía que las dos teníamos los mismos gustos musicales. Ella vivía en Alemania, era muy callada y ensimismada como lo era yo, por eso solo tenía amigos “virtuales” y a David. Anónimamente subía mis cuentos y canciones en foros de Internet. En el *chat* del foro hablaba con mucha gente y así comencé a hablar con mi nueva amiga. A ambas nos encantaba una banda llamada *The Strokes*, durábamos horas hablando sobre ellos en el *chat*.

Un día decidimos conocernos, así que acordamos una cita; nos veríamos en el café que está afuera del centro comercial, ese que tanto frecuentábamos con David. Yo había elegido el día siguiente como el día de mi muerte.



4

Decidí que sucedería justo una semana después de la muerte de mi abuelo, así todos pensarían que la razón de mi decisión era que su partida me había afectado mucho. Me aseguré de que mi mamá se demorara en la tienda, le pedí que me comprara algunas galguerías pues siempre se demora más cuando le hago encargos.

Ya de pie frente al espejo, con la cuchilla en la mano, empecé a preguntarme si eso era lo que en verdad quería. ¿Quería abandonar a mi mamá? Le estaría haciendo lo que le hizo mi papá...

5

Llegué temprano a la cita con mi amiga de Alemania. Desde la mesa en la que estaba sentada buscaba con la mirada entre la gente tratando de encontrarla. Vi a un hombre alto, moreno, musculoso, se notaba que pasaba tiempo en el gimnasio, sentía como si lo conociera; en ese momento recordé que mi amiga me había dicho cómo era la ropa que tenía ese día para que pudiera reconocerla fácilmente: *jeans* oscuros, camisa negra y tenis blancos, algo sencillo. Como no vi a nadie, bajé la mirada al libro que tenía en las manos y seguí leyendo uno de esos libros que dije que nunca leería.

Unos audífonos me aislaban del mundo en compañía de mi canción favorita: “Las palabras son como un arma cargada”... tal vez esta era la razón por la que me gustaba la literatura... —las palabras pueden aplastarte como una avalancha, pero así mismo te pueden ayudar a levantarte, así como te destruyen, te salvan—. Cuando era pequeña, mi abuelo me había enseñado que la música curaba

el alma. Ahora no necesitaba salvarme. Mi abuelo siempre me dijo que no había nada que yo no pudiera hacer, que luchara por lo que quería. Esas palabras retumbaban en mi cabeza... — ¿por qué ahora que había decidido morir?—. En ese momento sentí que no valía la pena y prometí que viviría mi vida al máximo, le confesaría a David lo que estaba sintiendo por él.

*The Strokes* siempre me ayudaba a calmarme cuando estaba nerviosa, así que repetí mi canción favorita: “*Al otro lado, al otro lado/ te estaré esperando al otro lado*”. Miré de nuevo a la acera de enfrente y no veía a nadie con la descripción de mi amiga. Cansada de esperar decidí llamarla al número de celular que me había dado. Intenté buscarla con la mirada y por un momento me detuve en un hombre alto que estaba en una mesa cercana. Vi cuando tomaba el celular, al mismo tiempo entraba la llamada a mi amiga; la voz del otro lado era gruesa, fuerte, el acento efectivamente era alemán, era un hombre. Colgué, tal vez marqué mal el número, volví a llamar y pasó lo mismo. Esta vez el hombre al otro lado del teléfono empezó a hablarme... en ese momento no entendía nada, de pronto vi nada, no sentía nada.

Él no sabía qué hacer, se estaba arrepintiendo de la decisión que había tomado, pero tenía que hacerlo, tal vez si lo hacía ella sería feliz y se lo agradecería por el resto de sus días. El teléfono sonó y vio que ella estaba volviendo a llamarlo. Dudó. —¿Y si ella comenzaba a desconfiar al darse cuenta que la persona con la que había estado hablando todo este tiempo no era una mujer sino que era él? ¿Y si se asustaba y resolvía irse? No. No, tenía que acercársele, él estaba haciendo todo esto por su bien, si ella quería morir él debía ayudarle— pensó.

Ya no había vuelta atrás, ahora no podría abrazarla o besarla, así que la tomo en sus brazos y la subió al carro en el que había llegado, luego se subió él, sus manos temblaban. —No te preocupes, vas a estar conmigo el tiempo necesario para que te mejores— decía. Pero ella nunca mejoró.

Tiempo después, en el garaje de una casa ubicada en uno de los barrios más acomodados de la ciudad, la policía encontró el carro que los testigos habían descrito como el último lugar donde la vieron viva aquel día en el café; dentro del baúl estaba el cadáver en descomposición de la chica que aparecía en los noticieros como desaparecida. En la sala yacía el cuerpo de un chico de aproximadamente veintiún años, con un tiro en la cabeza; según los forenses era reciente, llevaba muerto cerca de media hora. A su lado había una nota:

*Mi intención siempre fue ayudarla.  
Yo la amaba como loco.  
Ahora solo quiero estar con ella.  
Perdón.*

*David.*

## Otros labios

*Mauricio Moreno*

*Si volver a la vida es un crimen, me entrego a otros labios.  
Tú me estás matando...*

*Le Muá*

Era su segundo pajazo de la noche. Si no fuera por el porno, Pedro ya se hubiese resignado por completo a un forzoso celibato, a pesar de llevar varios años de un matrimonio en el que paulatinamente se fueron perdiendo las ganas de sentir el cuerpo del otro. En efecto, tras seis años de matrimonio, ya la chispa del deseo había muerto y por alguna razón no lograba resucitarla sin importar qué intentara. Tras limpiar su reguero y calmar la ansiedad viendo vídeos de gatos, se fue a su cuarto a seguir con la charada. La vio allá, tan fría como siempre, viendo el programa de chismes de las once. Deseó mandarla al demonio de una vez por todas, pero prefirió aguantarse. Sin mirarla entró a la cama. Tomó su celular y chateó para despedirse de su amiga Claudia y sin decir palabra, se durmió. Poco después, Elizabeth apagó el televisor y como cada noche, le dio la espalda para irse a dormir.

El día siguiente tampoco trajo mayor sorpresa. Llegó a su trabajo como asesor comercial de seguros, vendió los que buenamente pudo y salió a las seis, como cada martes, a tomarse la cerveza que le impediría llegar temprano a casa. Se encontró con Darío, su viejo amigo del colegio, que una vez más relataba sus aventuras sexuales. Ya ni le creía, la verdad. Simplemente le interesaba ir a un bar, tomarse una cerveza y ver escotes que le servirían de inspiración para el pajazo de las buenas noches.

Liliana es una universitaria que apenas pasa los veinte. Paga su pieza y su universidad trabajando en un bar. El ajetre empieza el lunes y acaba el sábado, y ella apenas puede dormir, particularmente cuando se acuerda de las porquerías que le dicen los borrachos noche tras noche. En efecto, su cabello negro e inusualmente largo, llama la atención directamente sobre su bien formado trasero. Su largo cuello limita al norte con un rostro de angelito cachondo y por el sur con unos senos por cuya altura cualquiera quiere escalar casi tanto como su monte de venus. Pero nadie tenía derecho a su cuerpo, porque a nadie le entregaba esa tierra fértil para el deseo que sólo uno había tocado y que luego traicionó.

Esa noche no se encontraron. Pedro frecuentaba bares a los que Liliana no pasaría la hoja de vida, y en el que ella trabajaba, se le reservarían el derecho de admisión a Darío, el amigo de Pedro, por lo que no era opción. En esa pornocola de barrio, el vendedor de seguros y su amigo el tinterillo hablaban de lo usual: sexo, fútbol, lo mal pagados que estaban, sexo, mujeres y sexo.

—¿En serio no se lo han dado en ocho meses? Marica, debe estar muy lleno, comentó Darío.

—Usted debe llevar más sin culiar que yo.

—Pura mierda, el viernes salí con un culito delicioso...

—¿Su tío?

—¡Tan marica! Salí con una cagoncita que conseguí por *Tirer*.

—¿Qué es esa mierda?

—¿No lo conoce? Es una aplicación del celular para conocer viejas. Hasta le dice si están cerquita o no. Y la idea es simplemente culiar.

—¡Yo escuché de eso! ¿Es una página que es para poner los cachos? ¿Eso no es de prostitución?

—No, es una aplicación. Simplemente la baja, le mete unos daticos y ya está listo, le dice cómo le gustan las nenitas y ahí le saca fotos de sardinas y usted dice cuales le gustan. Si usted le gusta a alguna, el programa le dice que son match y ya, los contacta para que saquen cita.

— Si hay viejas ricas?

—Por supuesto marica, unos coñitos veinteañeros deliciosos.

—No, a mí me da miedo. ¿Se imagina donde Elizabeth se entere? Me vuelve a pegar.

—¿La perra chupasangre? ¡Que se joda, marica! Y no sea huevón, ¡no se deje pegar!

—Respétela — dijo Pedro amenazante pero sin convicción.

—Marica, es una perra chupasangre. ¿Cuánto lleva sin dárselo a usted? En serio, esa vieja le saca plata y le monta cachos, huevón. Y no me joda con que respétela, ¡si usted cuando se emborracha le dice chupacabras! Marica, cumplo con decirle, pero esas pérdidas no tienen otra explicación. Más bien baje el *Tirer* y se consigue su viejita que le haga el mantenimiento porque esa chupacabras le está sacando la plata y la vida. Consígase un huevito que le ayude a calmar la gana por lo menos.

La conversación siguió tres cervezas más. Tras explicarle bien cómo funcionaba la aplicación, Pedro le contó los pormenores sexuales de la cita del viernes, que realmente terminó en masturbación porque la niña de hecho lo dejó.

Liliana tomó el último bus azul hasta su apartamento compartido. Como casi todas las noches, un borracho la manoseó y le tocó aguantarse para que no la echaran. Ya llevaba dos llamados de atención por lo mismo. Con el tiempo había aprendido que sea con whiskey o con chicha, borracho es borracho, y sin importar si las usan para dirigir multinacionales o limpiar baños, las manos de los tipos siempre le van a buscar las nalgas. Sacó el teléfono y empezó a chatear con Claudia, su único refugio.

—Marica ya está dormida?

—Ya no. ¿Qué hubo?

—Marica, ¡emputada!

—¿Otro man le cogió el culo?

—Sí... ¡malparidos! ¡por qué no se lo cogerán a sus madres? Y lo peor es que el huevón tenía la novia al lado.

—Cuando la vieja se fue al baño el marica se fue de manilargo.

—¡Mucho hijueputa!

—¿Como estás tú mi Clau?

—Pues nada marica, acá es muy dura la vida. Hoy otra vez me gané reporte en el trabajo porque me cogieron llamando al niño en horas de trabajo. Putos gringos.

—¡Qué miserables!

—Sí pero que coman mierda, es mi hijo y no lo voy a dejar botado. Hoy aprendió a abrir la llave del agua del baño y estaba re feliz, pero armó un charco el hijuemadre.

—¡Tan lindo! Marica, te dejo que ya casi me bajo del bus.

Y una vez más, llegó a su casa sola. En el fondo, le gustaba sentirse deseada. Y aunque odiaba que abusaran de ella, no concebía su vida si ningún borracho le agarraba el culo, era lo más parecido que tenía a ese que le decía te amo mientras se acostaba con otras dos. Para matar el tiempo, se puso a mirar fotos de tipos desesperados en *Tirer*, que por alguna razón creían que tenían oportunidad con ella. Nunca le sobraba tener uno o dos idiotas masturbándose con su foto. Igual no pensaba acostarse con nadie que no la pudiera enamorar. Entre todos, pasó por la de un señor que sólo guardaba una foto en su perfil, una que en poco le favorecía y que realmente parecía más para la visa o la hoja de vida que para el *Tirer*. Rutinariamente, movió a la derecha la foto de “Pedro44” para decirle a la aplicación que él le gustaba, esperando que este, o cualquiera, se animara a ayudarlo a recuperar la autoestima, diciéndole algo que la hiciera sentir deseada.

Si no hubiese estado borracho, Pedro seguramente no se hubiese atrevido a bajar el *Tirer*, Pero ahí estaba viendo fotos de muchachitas que podrían ser sus hijas y que vivían a menos de diez kilómetros de su ubicación actual. Y la vio, una cabellera innecesariamente larga enmarcaba una cara que le pareció angelical y luego bajaba por un cuerpo adornando un vestido que, sin revelar mucho, insinuaba un cuerpo escultural. Así, “Liliana22” fue la número veintisiete de treinta y un mujeres que desplazó a la derecha, esperando que ella, por su parte, hubiese hecho lo mismo.

Y entonces, apareció el tan ansiado letrerito: “*It’s a match*”, el único *match* que le había aparecido en toda la noche. De hecho, esa fue una de las tres veces en la que su foto fue hacia la derecha hasta que Elizabeth le encontró la aplicación y lo golpeó de nuevo.



Pedro ya había perdido la práctica en el arte de la conquista. De hecho, su dominante esposa fue quien se lo “levantó” a los quince años. Ese día, tras veinte años de matrimonio, nueve de noviazgo e incontables de tortura, se dio cuenta de que jamás había conquistado a una mujer. Y como en sus tiempos a las chicas les gustaban los versos con chocolates, decidió que para saludarla le tiraría una línea sacada de una poesía. En medio de su borrachera, buscó una frase de Benedetti y copió en el chat de la aplicación.

Era el tercer mensaje que le llegaba esa noche. Dos insulsos con fotos de perfil tomadas sin camisa en el espejo del baño de la casa de la abuelita, que pensaban conquistarla hablándole de la fiesta y lo bien que la pasarían. Ella no caía en eso, sabía que si salía con ellos, cuando fuera al baño le agarrarían el culo a las meseras, así como se lo agarraban a ella. Pero este mensaje era diferente, era de un viejito que le escribía “Qué buen insomnio si me desvelo sobre tu cuerpo”. Aunque claramente se la quería comer, no le estaba diciendo pendejadas, así que decidió jugar con “Pedro 44”.

—¿Alguna vez te ha funcionado?

—¿Cómo así?

—Saludar con frases de acción poética a las chicas en *Tirer*.

—La verdad es que es la primera vez que le escribo a alguien.

—¿Nunca has conocido a nadie por acá?

—No, eres mi primera vez.

Viendo la cara de pelmazo de ese vendedor de seguros llamado Pedro, sintió que tal vez no sólo era su primera vez en *Tirer*, sino que el tipo hasta virgen sería. Sintió un poquito de lástima por él y no lo despachó como al resto,

sino que conversó con él un rato. Aunque esa era una aplicación para buscar revolcones, por alguna razón a él no le fluía pedirlo, sino que era extrañamente respetuoso. Eso le parecía tierno. Hablaron por media hora sobre sus vidas, sobre el trabajo, sobre sus relaciones... pero Liliana no era tan tonta como para soltar información sobre su lugar de trabajo o dónde estudiaba, ya había tenido suficientes escándalos de tipos obsesionados con sus tetas. Pedro, por su parte, no se guardó nada. Le contó que era casado, que su esposa nunca quiso tener hijos y que incluso a escondidas se había hecho una ligadura de trompas, también le dijo que nunca había probado la miel de otra mujer... Cuando se dio cuenta, Liliana vio que había hablado con el mismo tipo como por media hora sin distraerse. No le gustaba, no estaba enamorada, no la mojaba... no era eso, por alguna razón este viejito le despertaba un instinto diferente, un calorcito raro, unas ganas de que el pobrecito estuviera bien. Después de despedirse, se metió en las cobijas y esperó un ratito antes de recibir un mensaje que decía “Sueña con los angelitos”. Aunque el calorcito en el pecho se volvió a sentir, esperó un buen rato antes de escribir “todos los manes son re cursis, siempre dicen lo mismo, qué bobos”. No, aunque se le calentara el corazón, no iba a ser fácil. Y se fue a soñar con angelitos.

Pedro, por su parte, escribió el mensaje de los angelitos y acto seguido, se masturbó pensando en ella. Estaba seguro de haberle causado una buena impresión. Estaba seguro de que al fin iba a volver a sentir una piel. Cuatro minutos y doce segundos después se estaba poniendo el pantalón y dirigiéndose, aún un poco ebrio a su cama, donde Elizabeth dormía sin haberse interesado en su ausencia. Al sentirlo, murmuró algo sobre su olor a borracho y siguió soñando, hasta que un ruido del celular de su esposo la despertó.

—¿Y usted con quién mierdas chatea a esta puta hora?— dijo Elizabeth con ira por no poder dormir en paz.

—Con nadie, con Darío que me estaba avisando que ya llegó a la casa.

—Le voy a prohibir la amistad con ese tipo. Siempre que se ven se emborracha y quién sabe qué más porquerías hará con su amigote.

—Mija, no se ponga brava, mire que mi trabajo es muy pesado y Darío es con el amigo que puedo salir a tomarme una cervecita.

Elizabeth farfulló cosas inaudibles antes de volverse a quedar dormida, segura de que el perdedor con el que se acostaba en la noche estaba lo suficientemente asustado como para no volver a salir con Darío. La verdad es que no le importaba, el tipo era demasiado perdedor para atreverse a hacer algo que ella no quisiera.

Al día siguiente, Pedro respondió al mensaje: “Espero que entonces al menos hayas soñado contigo misma, que eres lo más bonito que hay”. Y esperó todo el día. Miraba *Tirer* constantemente esperando que ella le respondiera, pero nada. Estaba nervioso, creía que su cursilería le había hecho perder la oportunidad de meterse entre las piernas de esa mujer que tantas vueltas le daba en la cabeza... pero nada. Simplemente, ella no aparecía. Vendió seguros como cada día de su vida y luego se subió al bus esperando su dosis diaria de *frottage* contra la silla del bus, y si era un buen día, contra un humano o humana. En efecto, el contacto con tantos desconocidos y desconocidas lo hacía sentir vivo. Era lo más parecido al sexo que podía llegar a sentir, y por eso aplicaba eso de “sin mirar a quién”. Sus leves excitaciones de cuarentón generalmente no eran detectadas por nadie y por eso sentía que la situación estaba

bajo control. Pero ese día fue diferente, pues *Tirer* le mandó una notificación que le indicaba que un mensaje había llegado. “Tan bobo. Hablamos mañana que entro a turno y hoy salgo tarde. Un besito”. Ese besito le produjo una erección como hacía mucho no tenía... había conquistado a la niña. Pero él no fue el único en notarla y tuvo que bajarse del bus para que el viejito al que había intimidado no le siguiera dando bastonazos.

Las semanas transcurrieron entre coqueteos infantiles sin que llegaran a intercambiar teléfonos. Ni Pedro lo pedía ni Liliana lo daba, así estaban bien. Elizabeth sentía que su perdedor estaba raro, como si el miedo que le tenía estuviese desapareciendo. No es que lo quisiera, era un maldito perdedor, pero era SU maldito perdedor y no pensaba dejarlo ir. Por eso, le quitó el castigo y lo dejaba salir de cuando en vez con Darío y dejó de darle tanta cantaleta. Incluso llegó a pensar en tener sexo con él... pero el asco la venció. Pedro no sabía muy bien cómo esconder los mensajes que le llegaban a media noche o explicar por qué se demoraba más de los cuatro consabidos minutos navegando por Internet. Lo que empezó como un juego inocente se estaba convirtiendo en una obsesión. Pero, ¿debería dejar a su chupasangre por una aventura?

Pedro, por su parte, buscaba poemas para enviarle a su muchachita, que cada día se sorprendía más y más de la temperatura de ese calorcito que sentía en el pecho. No sabía qué era lo que sentía pero ya no era lástima. Ya estaba prefiriendo a este viejito que le mandaba poemas a los borrachos que le agarraban el culo. Claudia era la única que sabía de lo que estaba sintiendo, pero a su amiga no le sonaba la idea de que un hombre de cuarenta y pucho estuviera buscando muchachitas de veintidós.

—Amiga, ese man sólo se la quiere comer.

—Pues como todos los manes... ¿no ve que todos quieren una sola cosa?

—Pues sí, pero es que mire como está usted, toda contenta con el viejito y ni lo conoce.

—Marica, cero. No estoy tragada del man, nada que ver. Es que no sé, es todo bonito conmigo y usted sabe lo mal que me ha ido a mí.

—¿Quiere que le pase otra vez lo de Johnatan?

—Es diferente.

—Es casado. Cacho es cacho.

—Pero la esposa es una perra chupasangre.

—Pero ES casado.

—Marica no voy a pelear contigo por eso. Me voy a trabajar.

Acto seguido, se puso la camisa vaporosa y el *jean* apretado que le exigían como uniforme. Era noche de *Punk* en el bar y las meseras tenían que tener ropa de niñas rebeldes. Para ella se trataba simplemente de la exigencia de siempre: muestre las tetas y no se queje si le agarran el culo. Los punkeros con plata son el peor público que pueda imaginar, se emborrachan, se creen rebeldes, son groseros y siempre sale algo dañado o alguien golpeado.

Darío llamó a Pedro para decirle que lo acompañara a un bar de la zona rosa a verse con una gente para un negocio, le dijo que era un barcito elegante así que tenía que irse con buena pinta. Entraron, se sentaron y se dieron cuenta de que estaban rodeados de un montón de jovencitos peliparados, pero Darío comenzó a exponer su idea; se trataba de montar una exportadora de ajíaco santafereño y achira huilense, porque el negocio estaba buenísimo en China con tanto colombiano que se estaba yendo para allá.

A Pedro le pareció una pendejada, así que se dedicó a ver pasar a las meseras. No podía conversar con su “galletita” porque estaba trabajando y cuando trató de hablar con su esposa le dijo: —llegue antes de las 10 que tiene que pasar por la panadería porque hay que traer leche y no voy a salir por ella—. Por alguna razón que Pedro no entendía, el negocio le interesó mucho al inversionista panzón con cadena de oro.

Dieron las diez y a Liliana le pidieron que hiciera lo único que le gustaba de ese trabajo: que cantara para reemplazar a los músicos de la banda de *Punk* que se habían emborrachado. Ella no tenía banda, de hecho la habían descubierto cuando cantaba en el baño una canción de unos muchachos de su natal Medellín. Desde allí, y aprovechando sus conocimientos en guitarra, la habían puesto a cantar un par de veces. Se subió al escenario y se fijó particularmente en una mesa con dos señores, uno con pinta de depravado y otro con pinta de andar en malos negocios. Había un tercero que miraba hacia la puerta, con evidentes ganas de irse de allí. Por alguna razón, se acordó de Pedro. Empezó a tocar.

Pedro seguía pensando en la excusa que daría para no llegar con la leche cuando empezó a escuchar la voz más angelical que había oído en su vida. Cuando se volteó y la vio, sus venas se llenaron de fuego. Sus miradas se encontraron. Era ella. Liliana lo reconoció y el corazón se le aceleró. Pedro tuvo una pequeña eyaculación, pero nada que el calzoncillo no ocultara. El destino los había reunido.

—¡Huy, pero si la muchachita se lo quiere comer!—, dijo Darío asesinando la magia del momento. El traqueteo se rió y Pedro se puso rojo, no atinó más que a seguir mirando a la tarima mientras sus compañeros de juerga se

morían de la envidia. —Debería llamarla y pedirle el teléfono para que le haga la vuelta, que usted está bien necesitado—, dijo Darío antes de volver a los negocios.

Liliana cantaba con la voz algo quebrada. Estaba más nerviosa que de costumbre. De alguna forma, el hombre que le empezaba a quitar el sueño la había encontrado y ahora no podía hacer más que mirarlo a los ojos mientras cantaba:

*“...Hoy te escribo, no te asustes, soy testigo de tu dolor... soy imperfecta, soy... ¿qué esperabas de mí?... Quiero de ti, tus sueños son mi juego, todo de ti... la suerte es algo ajeno.... No hay razones que entender, y que sonrías no pretendo. Mi amor te hace daño, mi amor te hace daño...”*

Pero aunque a Pedro le pareciera la cosa más angelical y excitante del mundo que su Galletita le dijera que quería de él mientras lo miraba a los ojos, a los punkeros, que ya habían bebido de más, no les pareció tan divertido. La cantante estaba desafinada y distraída, pero por encima de todo, no era la banda que querían ver.

—¡Bájese perra que queremos a Putostombos!; ¡Venga mamita le doy de esta para que aprenda a cantar!—, gritaba la audiencia. Y como la ira y el licor nunca son buena combinación, la cosa pronto pasó de castaño a oscuro cuando la primera botella voló hacia el escenario. Realmente pasó muy lejos de Liliana, pero ese fue el detonante para que se armara la revuelta y varios jóvenes se lanzaran a agredirla. Sin saber de dónde ni como, Pedro corrió a socorrerla. — ¡Suéltenla greñudos hijueputas!—, gritó antes de recibir el primero de una serie de puñetazos. La horda de punkeros empezó a golpearlo en la que resultaba ser la primera pelea

de su vida, o al menos en la que le pegaba alguien que no fuera su esposa. Liliana, por su parte, golpeaba a los punkeiros con puños tan dulces como sus senos, para que dejaran de pegarle a su viejito. La seguridad del bar llegó pronto, pero el pobre Pedro ya era una colección de moretones que difícilmente se podía llamar hombre.

Mientras llegaba la ambulancia, que tardó más de cuarenta minutos, Pedro estuvo resguardado en la cocina del bar. A pesar de todo, el *lounge* seguía abierto, sus compadres seguían bebiendo afuera y Liliana no podía dedicarse por mucho tiempo al cuidado de las heridas de su héroe, pero cuando por fin tuvo un tiempo a solas con él, le metió una servilleta al bolsillo, lo abrazó y le robó un beso antes de perderse nuevamente entre las mesas. Esta vez, sorprendentemente, Pedro no eyaculó.

Liliana no quiso despertar a Claudia, pero ese había sido el beso más breve y mágico de su vida. Estaba feliz. ¡Su viejito era su héroe! No podía dejar el puesto y menos irse con él en la ambulancia, pues su esposa seguro llegaría al hospital, pero cuando terminó el turno corrió a decirle a su viejito que lo adoraba, que nunca nadie había hecho algo así por ella... Y por supuesto, le escribió a Claudia, que debería estar profunda junto a su bebé:

—Estoy segura. Quiero hacerle la vuelta al viejito.

Elizabeth llegó a eso de las seis de la mañana a la clínica, sin importar que Darío la hubiese llamado a las once y media a avisarle lo que había pasado. Sinceramente, no se había interesado gran cosa por la salud de su perdedor. Fue hasta que se enteró de que su marido era una suerte de héroe que se había metido en una pelea para salvar a una mesera de un bar, que empezó a interesarse, —¿Por qué lo había hecho?; ¿Quién era esa morronga?—. Por otro lado



su marido se enfrentó a diez punkeros, tal vez no era tan perdedor como siempre se había imaginado...de repente, un calor se apoderó de su entrepierna, de esos que no sentía desde que su amante la dejó.

Llegaron a la casa sin cruzar palabra en el taxi. —Vaya y se baña a ver si el jabón le quita lo pendejo—, ordenó. Pedro subió a la ducha, pero lo sorprendió una visita inesperada: las amargas carnes de Elizabeth invadieron la bañera y empezaron a rozar su cuerpo. Es decir, tras catorce meses por fin iba a tener sexo. Pero no, no se le paró. Cuando su mujer por fin lo vio como un hombre, no se le paró.

Al salir del baño encontró la servilleta que Liliana le había pasado antes de besarlo. Nuevamente una leve erección, ya tenía su teléfono. Rápidamente se vistió y corrió a su trabajo a pesar de estar incapacitado. Llamó de inmediato, pero Liliana aún dormía. Se decidió a mandar un mensaje y vio que esa muchachita con la que se quería acostar se estaba enamorando de él. Escribió:

—Galletita, esto no puede ser. Últimamente mi esposa se está portando bien y a mí me da vaina dejar sola a una mujer de su edad. No quiero caer en la tentación—. Pasaron las horas y llegó la respuesta:

—Y por qué no puedo ser yo tu tentación? Por qué no quieres ya desvelarte cayendo sobre mi cuerpo?

—Porque... es que mi esposa...

—Pero tu esposa es una chupasangre...Anoche estabas diciendo que no llamaran al chupacabras cuando te preguntaron por tu esposa. Tú eres demasiado para esa vieja frígida.

—Ella no es frígida. A mí no se me para, o al menos no con ella.

—¿Y conmigo si se te para?

—La verdad sólo de escucharte me excito un poquito...

—Déjame ser tu galletita y mojarme en tu leche...

La conversación siguió entre temblorosos coqueteos subidos de tono. Pedro sentía que no podía dejar a su mujer, pero esta niña lo traía loco. Fuera como fuera, no podía masturbarse hacía días si no pensaba en ella. Era tan tierna y tan agresiva, tan dulce y tan sensual... Y en la casa, cuando se lo pidieron ni se le paró. La solución más obvia que encontró fue dejar de pensar sexualmente en ella. Así, decidió que no volvería a entregarse al onanismo. Y lo cumplió, aunque esa misma noche estaba arrepentido, por los mensajes que le llegaban al chat del teléfono.

A Elizabeth le pareció raro que Pedro no hiciera sus minutos de navegación de cada noche; sabía de qué se trataban pero no le importaba, a la larga, así la dejaba en paz, el problema era que ella seguía con ganas. Bruscamente le agarró la entrepierna, pero nada. Lo besuqueaba y él seguía sin sentir, hasta que de pronto Pedro recibió un mensaje y él pudo ver con el rabillo del ojo que la remitente era "Galletita". Así, aunque pensando en otra, pudo funcionar, pero seis minutos y varias toneladas de arrepentimiento después, entendió que eso no era lo que buscaba, pues cuando el amor y el deseo se unen, las entrañas se empiezan a reservar el derecho de admisión y permanencia. Esperó a que Elizabeth se durmiera para luego ir al baño para poderle responder.

—El mensaje decía: ¿Te quieres entregar a otros labios?—, preguntaba Liliana. —Me entrego a tus labios—, escribió antes de irse a dormir.

Liliana estaba feliz. El calorcito en el pecho ahora le recorría todo el cuerpo. Estaba enamorada. Su viejito, ese que no se atrevía a pedirlo más que con poemas, ese que

cuando bajó el *Tirer* no sabía que por ahí no se manda poesía, ese mismo, se había ganado algo más que su cuerpo... pero tuvo que volver a la realidad cuando vio un mensaje de Claudia que había ignorado todo el día:

—Es casado. Marica no te metas en semejante huevona-da. O qué, ¿ya te dijo que se va a separar por ti?

Sabía que él no sentía nada por su esposa, ¿pero, y por ella? ¿La quería para algo más que pasar el rato? Y si era sólo por un rato, ¿por qué terminó en el hospital por ella? Esas preguntas no la dejaban trabajar en paz. La mandaron a casa temprano porque le dio una cachetada a un tipo que la manoseó. Al llegar a casa le escribió a su nuevo amor y esperó ansiosa la respuesta que decía —me entrego a tus labios—. Segundos después llegó un mensaje que decía —veámonos el viernes—.

Para Pedro su promesa de amor era, literalmente, un dolor de huevos. Se sentía inseguro y no podía dormir. Todo el tiempo pensaba en ella y en tener su cuerpo. Estaba irritable y le sudaban las manos. Su corazón palpitaba como loco y sentía dolores extraños por todo el cuerpo. No le interesaba buscar a otra, quería a Liliana. Elizabeth, decepcionada de su fugaz noche de sexo, prefirió volver a su frígida rutina. Los días transcurrieron lento entre dolores inexplicables y una taquicardia que lo obligó a irse temprano a descansar. Pero de nada servía. Vagaba por las calles sin interés pensando solamente en Liliana, en su cuerpo, en ese beso, en la tierna forma en que intentó defenderlo de los muchachitos que lo golpearon, en sus mensajes... y luego llegaba a su casa a encontrarse con la chupacabras.

Liliana salió de la universidad el viernes y se arregló tanto como pudo. Decidió ponerse una insinuante blusa roja y un pantalón que buscaba mostrar todo lo que escondía.

Sacó de un cofre un collar que jamás se ponía, pero que había guardado durante seis años esperando por una ocasión especial. Pedro la esperaba en la puerta de un bar del centro donde Liliana aprovechó para dejar una hoja de vida. Se pusieron a hablar, por primera vez frente a frente.

—¿Por qué tiemblas?—dijo Liliana rompiendo el silencio.—¿Te pongo nervioso?—

—Mucho, pero no es eso, llevo como tres días así.

—¿Fuiste al médico después de lo del bar?

—Sí, pero no es por eso... esto no está bien....

—Lo sé, a mí también me da miedo. ¿Sabes? Hace seis años estuve con el único hombre que he querido y me traicionó... mientras salíamos, se estaba acostando también con mi hermana y mi mejor amiga. Yo era una niña y desde ahí juré que no volvería a enamorarme, hasta que me dijiste que te querías desvelar sobre mi cuerpo y un calorcito se me empezó a colar por el pecho cada vez que hablábamos....

—¿Lo sientes ahorita?

—Ahora lo siento por todo el cuerpo....

—Yo siento algo parecido cuando te veo, es algo que jamás sentí en todos los años que llevo de casado.

—Tengo miedo. Este collar es algo que guardo para recordar que todos los hombres quieren lo mismo.

—También estoy aterrado, yo soy casado. Aunque mi esposa sea el mismísimo chupacabras, juré serle fiel.

—¿Ser fiel a qué? Si no hay amor, ¿a qué le guardas fidelidad?

Pedro no pudo responder. La verdad, no había respuesta.

Cenaron más bien rápido mientras un grupo tocaba *blues* rockero. La pálida luz de las velas y la música creaban un ambiente perfecto para los amores clandestinos, pero

ellos nunca se tocaron. Pedro estaba muy nervioso por sentir que estaba incumpliendo las promesas que hizo el día de su matrimonio, y Liliana, por no saber si esa sensación en su pecho era realmente amor. Evadieron la conversación y salieron de allí a bailar, tal vez para no hablar, tal vez para saber si sus cuerpos eran compatibles.

El DJ estaba mezclando cumbias viejas con música electrónica, era un tipo con un afro increíble y una guayabera que no se podía ignorar. Resultó divertido que, a pesar de ser mucho mayor que cualquiera en el bar, Pedro, con su carita de bobo, fuera el único que supiera cómo se baila una cumbia. Liliana lo miraba emocionada y un poco excitada mientras se convertían en el centro de atención de todos en el bar. Compraron media botella de aguardiente y tras un par de tragos, tuvieron al fin la valentía de tomarse de la mano y luego, de bailar pegaditos un merengue.

—¿Todavía quieres ser mi tentación?—se animó a preguntar Pedro.

—Sí, quiero ser tu tentación y que tú seas la mía.

Las miradas se juntaron y las carnes no aguantaron más. Y allí, en medio de esa pista de baile, se besaron. A Liliana le divirtió sentir la erección de Pedro rozando su vientre, con ella sí se le paraba. Lo miró a los ojos, le tomó la mano sudorosa y salieron juntos del bar.

Liliana se quitó el collar y se lo entregó a Pedro sin decir palabra. Él lo miró y lo lanzó tan lejos como su debilucho brazo lo permitía. Sonrieron, intercambiaron un pequeño beso y caminaron sabiendo muy bien hacia dónde se dirigían. Tras andar unas cuantas calles bajo la lluvia, y una vez frente al apartamento compartido de Liliana, ella lo miró a los ojos. A lo lejos, en un café al final de la calle, sonaba “Amor” de Ben King.

—Tengo miedo— dijo Liliana.

—¿No es lo que quieres?

—Si... pero es que soy virgen.

—Y tu exnovio...

—No, jamás lo dejé tocarme. Por eso se metió con mi hermana. Y con mi amiga. Y creo que con una prima.

—¿Y quieres que yo...?

—Jamás había estado tan segura. ¿Y tú?

-Quiero que seas mi pasión, no mi miedo.

Y mientras King decía *My love, make life divine, say you'll be mine...* se besaron nuevamente bajo la lluvia que mojaba las calles.

## Mujer ejemplar

*Margarita Arenas*

**N**o he tenido una vida fácil, el dinero no lo es todo. Desde pequeña me he destacado en cada cosa que emprendo: fui la mejor bachiller, mi puntaje en las pruebas de estado fue el más alto nunca logrado por los graduados de mi colegio. Cuando me decidí por la universidad y la carrera más exigentes mis padres mostraron su desacuerdo, pero yo estaba empeñada en destacarme sin importar qué tan complicado resultara el reto. En esa facultad pocas mujeres lo intentan, las que quieren estudiar derecho buscan universidades más relajadas, pero yo quería la mejor, aunque tuve que luchar contra la discriminación de género.

—Buenos días Merceditas, ¿Te tocó mucho trancón hoy?

—No, me demoré porque me tocó pasar temprano por la universidad y hablar con los del Departamento de Egresados a ver si me consiguen unas hojas de vida.

—¿Por qué? A esta altura del año ya tenemos todas las

hojas de vida de los practicantes para hacer el proceso de selección de candidatos.

—Sí, pero es para el practicante de la doctora Diana.

— ¿No me digas que ya renunció?

—Imagínate.

—No puede ser, ¡este no duró ni un mes!

—Además es el cuarto que renuncia en lo que va del año.

Desde el primer semestre empecé a destacarme, lo cual le molestó a varios profesores, sobre todo al decano que nos dictaba “Principios éticos”; aunque no cometí ni un solo error en la primera evaluación él me bajó la nota porque mi hoja era tamaño carta y no oficio como a él le gustaba. Ahí empezó a hacerme la vida imposible, pero con mis excelentes notas le callaba la boca.

Nunca tuve cómo quejarme de las evidentes preferencias que los profesores tenían por los alumnos de sexo masculino; en varias ocasiones tuve que pedir revisión de calificaciones porque las mías, siendo la mejor, no solían ser acordes con la realidad. Para colmo siempre tenía al decano en mi contra, pero el éxito radica en saber superar esos inconvenientes y así tejer las redes que te llevan a la victoria.

— Mi pobre Merceditas, ¡traes una cara! ¿Ahora qué te pasó?

— Esa vieja HP me volvió a gritar.

— ¿Otra vez la doctora Diana?, ¿y hoy por qué fue?

—Bajé a sacarle unas copias que necesitaba para leer en la casa esta noche pero ahí estaban los de contratos sacando copia de unas carpetas que tienen que entregar ahorita a las diez en la Superintendencia, y claro, como tenían afán,



yo le dejé a Víctor las de la vieja para que las sacara cuando terminaran con las otras.

—Sí, suena lógico.

—Pues a ella no le sonó lógico y me pegó una vaciada asquerosa y ofensiva, de esas que son su especialidad, por no subir con las copias listas.

—Mucha HP, pero ya, límpiense los ojos que se le corrió el maquillaje y haga cara de que no ha pasado nada, no le dé gusto a esa vieja, que no la vea llorando.

Yo creo que lo peor que le ha pasado al decano fue tener que ponerme la medalla “*Summa cum laude*” el día del grado. Yo le veía la cara, estaba iracundo sabiendo que a pesar de sus esfuerzos por hundirme, logré el mejor promedio alguna vez alcanzado por un estudiante de su facultad, ¡y siendo mujer! Los hilos ya estaban tejidos, y esa medalla era solo un paso más en el destino que planeé para mí desde pequeña, porque el destino no es algo fortuito, es algo preparado, articulado hilo a hilo.

Ese no es el único hombre que he tenido que vencer en mi camino de excelencia; cuando decidí trabajar en la mejor firma del país presenté mi *curriculum*, y estoy segura de que es el más impresionante que han visto, pero claro, los socios principales eran hombres y no me permitieron entrar en el cargo que merecía, me contrataron en un puesto intermedio, con un salario menor del que esperaba. Eso no me detuvo, entré decidida a demostrar mis habilidades.

—El lunes vino José a darme quejas de la doctora

— ¿Cuál José, el conductor?

—Sí, ¿te acuerdas que tiene una niña enferma? Pues pidieron una cita para llevarla a unos exámenes el sábado,

porque entre semana él nunca está y transportarla es difícil. Él le había avisado a la doctora Diana que el sábado tenía que ausentarse unas horas, pero ella le dijo que llegara temprano que tenía que hacer unas vueltas y luego podía irse a la cita. El caso es que lo dejó sentado en el carro frente al edificio toda la mañana y nunca salió, pero tampoco lo dejó ir y obviamente perdieron la cita. Yo pienso ir a hablar con ella.

— ¡Mercedes por favor! ¡Ni se te ocurra! No te vas a meter en problemas por un tema doméstico que no te incumbe, eres muy nueva aquí y te dejas conmover con las historias que te llegan, pero en siendo la asistente de la doctora Diana no puedes permitirte eso o te enloqueces, él debe aprender a programar mejor su tiempo. Además ella tiene el poder de hacernos echar a todos por meternos en sus cosas, así que ni se te ocurra decirle algo.

No ha sido fácil, ser la mejor no lo es, además he tenido que recorrer sola el camino; los hombres se intimidan ante una mujer que puede superarlos en campos netamente masculinos. Por otra parte, mis padres no entienden lo que hago ni lo lejos que puedo llegar, ¡pobres!, conservan la idea limitada de que una mujer debe buscar un buen marido para ser feliz, nunca van a valorar mis triunfos ni mis aciertos, no se dan cuenta de lo intrincado que es el camino cuando se tienen las metas claras.

— ¿Ya te pasaron los requerimientos?

— Si, está tenaz, piden cualquier cantidad de documentos, hasta las notas de cada uno de los semestres que cursó la doctora, ya hablé con la universidad y se demoran diez días hábiles en entregarlos.

—Pues te va a tocar llamar de nuevo, necesitamos esa documentación lista la próxima semana, hay plazo para postularse solo hasta el viernes, donde no tengamos lista la documentación, rodarán cabezas.

— ¿Y es tan importante el cargo?

—Claro, ¿te parece poco ser la Primera Ministra de un nuevo ministerio en el gobierno?

—Sí, suena importante, es solo que me parece que el perfil del cargo no está muy acorde con la personalidad de la doctora Diana.

—Ni se te ocurra repetir eso.

— ¿Pero no te parece? Se trata del Ministerio de Los Derechos de La Mujer y ella viola los derechos de todas las personas que la rodean...

—Mira Merceditas, guárdate tus comentarios que nos vas a meter en un problema.

Trabajo en la mejor firma de abogados, estoy en el cargo más alto que puedo desempeñar, ya no hay posibilidades de ascenso, siento que estoy llamada a hacer cosas más grandes, a obtener reconocimientos más altos, el Ministerio es lo que me merezco porque soy la mejor, por ser la única que ha llegado tan lejos, por mis estudios, por mis logros; no piensen que ahí me detengo, este es un paso más en el camino y lo que sigue es la presidencia del país, es la meta en la que estoy enfocada en este momento, luego veré hacia dónde más escalar.

—Merceditas, sumercé no sale del baño últimamente, ¿llorando otra vez?

—¡Ya no aguanto más! La doctora Diana me gritó frente a todo el mundo en plena reunión, ¡qué vergüenza!, hasta clientes había.

—¿Y qué pasó ahora?

—Me dijo que le comprara la ensalada de siempre. Ya no le gusta que la pida a domicilio, dice que la lechuga llega marchita, entonces me tocó ir a traérsela. La pedí como le gusta, con el aderezo aparte en una taza plástica y se la llevé a la reunión pues ya no deja que se la lleven las niñas de la cafetería, dice que la odian y le pueden poner algo en la comida. Se la pasé en plato grande, eso también lo aprendí a gritos, no le gusta en el plato hondo...

—Si ya le conoces todas las mañas ¿por qué te gritó?

— ¡Por el aderezo!, se lo puse al lado y empezó a gritar como una loca: que cómo se me ocurría pasarlo en esa taza, que si no había un recipiente adecuado en la vajilla para pasar la salsa, los clientes me miraban mientras ella gritaba... me dijo inepta, bruta y hasta me dijo que ella no tenía la culpa de que mi familia fuera pobre y yo no supiera servir de la forma adecuada, ¿qué tal la atrevida?

— ¿Esa vieja que se cree?, ¿cómo la trata así? ¡Tírole el puesto en la cara, a ver si consigue otra que le haga todo como ella quiere!

—De mil amores lo haría, no me la aguanto un día más, pero usted sabe que Sergio está sin empleo y la cuota de la casita nos tiene llevados, el colegio de Dalía y las deudas. No puedo renunciar.

—Entonces aguante hija, límpiase la cara y trate de no ponerle cuidado a la vieja loca.

—¡Como si fuera tan fácil!

Gracias Rodolfo por invitarme a esta entrevista tan agradable en tu programa, no debería decirlo, pero yo, la doctora Diana Monsalve quiero inspirar a las mujeres siendo un ejemplo de persistencia y trabajo duro. Espero que

esta entrevista pueda servir para mostrarles que es posible construir un futuro mejor y enfrentar las adversidades que se presenten, mientras estemos unidas y apoyándonos, es posible alcanzar las metas que nos propongamos. Este reconocimiento como Ministra es solo el resultado del plan de vida que he tejido desde que era niña. Me he propuesto como meta en este cargo, mejorar las condiciones de vida de todas las mujeres del país.

**Elena**  
*Angélica Contreras*

—Vamos Andrés, ¡vamos!— Grito. —Apúrate.

—Voy detrás tuyo— responde. —Aun no entiendo cómo has conseguido el permiso—. Sonrío.

—Soy una mujer de muchos recursos— respondo coquetamente. Miro el camino, vacío. Perfecto. El sol está en su punto más alto— suspiro. —Es un día perfecto ¿no crees?

—Sí, lo es— me mira. —Entonces... ¿es en serio?, ¿de verdad vamos a hacer esto?, ¿allí?

—Por supuesto, mira— saco una llave plateada de mi bolsillo. —Ahora, vamos.

Caminamos directo hacia la reja. Cojo el candado que la cierra, inserto la llave y lo abro.

—¿Es necesario hacerlo en el sótano?, ¿no se puede en el segundo piso?—pregunta.

—Cobarde. Es un jodido cobarde.

—No, no será lo mismo arriba que abajo. Además arri-

ba nos podría ver todo el mundo Andrés— respondo. —  
¿Acaso es idiota?—mascullo.

Abro la reja. —Adelante— le digo. Él entra dudando.

—Vamos, no seas tontito. Solo son trece escalones hasta  
abajo — le digo dulcemente.

— ¡Maldición! ¡Maldito niño cobarde! Tengo que apu-  
rarme. Ya es más de medio día. ¡Tengo que apurarme!

—Está bien, ya voy. Pe-pero Elena, en tu blog no decía  
que conocieras este lugar tan bien.

—Bueno, no puedo revelar todos mis secretos— res-  
pondo. —Además estos permisos no son fáciles de conse-  
guir, no puedo gastarlos con cualquiera.

Bajamos por la escalera, uno, dos, tres..., trece. Suspi-  
ro, ¡hogar, dulce hogar! Nos encontrábamos en el sótano,  
oscuro, frío y profundo, con osarios desde el suelo hasta  
el techo.

— Vaya, esto es horrible —dijo Andrés.

—Pues ¿qué esperabas? —le respondí. —Bueno, ya es-  
tamos aquí. Saca la manta y extiéndela en el piso. A no ser  
que te disguste demasiado, si es así puedes irte.

— Eh, eh... — ¡Cobarde!

— ¡No! No, es solo que...es un lugar muy tétrico—  
dijo.

Me le acerqué, mirándolo directamente a los ojos.

—Pero, ¿no te gusta?— pregunto. —Pensé que te gusta-  
ban mis relatos...— Espero que no me salga con un chorro  
de babas— me digo.

—No es eso Elena, claro que me gustan, me encantan,  
solo que este lugar es muy miedoso, mucho más de lo que  
pensé.

Puse mis manos en sus hombros y acerqué mi cara a la  
suya quedando a solo unos milímetros de distancia, —esa

es la idea, ¿Acaso no te excita? Es medio día y estamos en un sótano lleno de criptas—. Deslicé mis manos por su pecho, estamos totalmente atraídos el uno por el otro...

Andrés se queda en silencio y aleja mis manos de su pecho, acto seguido se quita la mochila azul, la deja en el piso y la abre.

—Es una lástima— pensé. —Es un desgraciado, pero un desgraciado muy apuesto: alto, de cabello negro, ojos verdes, tez blanca y contextura delgada.

Empieza a sacar las velas y el resto de cosas que se necesitaban; doy unos pasos hacia atrás, hacia el fondo del sótano. Repentinamente empiezo a sentir un hormigueo en mis extremidades que comienza a extenderse rápidamente por todo mi cuerpo. Ya está comenzando... es hora de liberarme de esta forma.

— ¡Uf, para ser un sótano de Bogotá hace demasiado calor! —dijo Andrés mientras acomodaba una manta en el suelo.

Sonríó. ¡Por supuesto que hace calor idiota! Este sótano jamás esta frío, y ahora menos. El cosquilleo de mi cuerpo se hace más y más fuerte... hasta que sucede.

Fuego.

Algo de lo que estaba pasando debe haber llamado la atención de Andrés, porque veo que su cabeza gira abruptamente, me ve y grita.

—¿¡Q—qué!?! ¿¡ELENA!?!—se ve muy asustado. — ¿Qué te pasa?...estás... ¿estás brillando?

—¿Yo? ¿Brillando?—miro mis brazos blancos.— ¡Oh, vaya!, tienes razón.

Se pone de pie y se acerca a mí.— ¿Estas bien? Debería de ir a buscar ayuda—.

Me río.— No es necesario Andrés. Estoy bien—.



—¿Pero no te duele? ¿Elena, e-eso es humo? ¿Qué está pasando?— me pregunta con voz estrangulada por el miedo. —¡Te está saliendo humo del cuerpo Elena!

Estira su brazo y me toca la mano... —¡Oh, qué mala idea chico!—.

Andrés suelta un grito de dolor y cae al suelo agarrándose el brazo derecho. — ¿Q-qué? — exclama desconcertado. Mira mi cuerpo, sé lo que está viendo. Estaba envuelta en llamas.

—¡ELENA!, ¿¡Te-te estas quemando!?!—. Su tono de incredulidad me hace reír.

—¿En serio?— digo sarcásticamente. Estiro mi mano derecha y la pongo boca arriba creando una pequeña bola de fuego en ella. — No lo había notado— río de nuevo.

Me mira aterrorizado. Lanzo la pequeña bola de fuego a sus pantalones, que inmediatamente empiezan arder. Su boca se abre lista para gritar, pero yo ya estoy lista para atacar. Me abalanzo sobre él antes de que pueda emitir algún sonido...

Un correo nuevo llega a la cuenta del blog. Un tal Mario escribe:

*Buenas tardes,*

*Mi nombre es Mario, no nos conocemos. Yo soy el mejor amigo de Andrés y él me ha estado contando sobre su blog y lo mucho que tienen en común, también me dijo que posiblemente se vería con usted en estos días ¿Ha sabido algo de él?, lo que pasa es que Andrés no aparece. Si sabe algo por favor escríbame, estaré pendiente.*

*Gracias.*

—Después de todo Andrés no es tan estúpido, le había contado a alguien acerca de mí y ahora esa persona tiene mi dirección de correo electrónico. Esto no pinta bien.

*Querido Mario,*

*Como bien dices Andrés y yo fuimos al cementerio el domingo, él quería verlo, quedamos de encontrarnos al medio día. Lo recorrimos por alrededor de hora y media. Después de eso nos despedimos y cada uno se fue por su lado. Espero de corazón que esté bien.*

A las pocas horas Mario responde:

¿Sabe porque Andrés quería ir al cementerio? No entiendo, no es un lugar adecuado para una cita o lo que sea. ¿Tiene alguna información adicional que pueda ayudarme a encontrarlo?

—Así que nadie sabía nada... Hombres, ¡simplemente son una peste! Soy una idiota. Aunque se ve que Mario no sabe nada del blog ni del ámbito de nuestro encuentro, sospecha de mí. ¿Por qué?, ¿qué le dijo Andrés?, es más, ¿qué creía Andrés de mí? Es mejor averiguarlo.

*Querido Mario.*

*Mi nombre es Elena como ya lo sabes, me gustaría que me tutearas. No hay que ser tan formales, me sorprende un poco que no sepas nada. ¿Qué te dijo Andrés de mí?*

Él contestó a los pocos minutos:

*Elena:*

*Él me dijo que se iba a encontrar con una chica que conoció en internet. No me dijo mucho más, dijo...dijo que...*

—¿¡Que dijo!?! ¡Mierda!

A los pocos segundos llegó otro correo:

*Él dijo que se iba a encontrar contigo para tener relaciones. Así que no entiendo porque decidieron ir a un cementerio.*

—¿Para tener relaciones? —dije en voz alta. —¿Pero con quién demonios estoy hablando?, ¿con un abuelo de 80 años...? Esto va a ser un poco difícil. Tengo que seducirlo. Si alguien más sospecha de mí, todo se me va a complicar.

*Querido Mario,  
Espero que esta información no te resulte impactante. Es verdad, Andrés y yo nos encontramos para eso. ¿Y lo del cementerio? Bueno, allí tuvimos sexo. Mira, yo administro un blog que se llama Seda Roja, allí escribo relatos de mis encuentros sexuales y/o mis fantasías en lugares poco convencionales.*

—¡Oh, vaya! Mario, puedes llegar a ser un problema para mí, eres un hombre entrometido, y no te pareces a los imbéciles que suelen frecuentar el blog. Al parecer vas a ser un caso difícil. Tengo un mal presentimiento sobre esto. No es bueno que sepan de mis planes. ¡Maldito Andrés!, no dijiste toda la verdad y ahora tengo que solucionar el desastre que has hecho. ¡Incluso muerto eres un dolor de culo! Tengo que encontrar la manera de atraer a Mario...

—Pasaron cuatro días desde que envié ese correo y Mario no ha respondido nada. ¡No me gusta, no me gusta nada que no me haya escrito de nuevo! ¿Qué sabe? ¿Qué sospecha?

Decidí enviarle un nuevo correo, pero esta vez no mencionaba nada sobre Andrés. Le envié uno de mis relatos y así lo hice durante casi un mes. Cada día le enviaba un relato diferente. Hasta que un día Mario me escribió:

*Elena:*

*Me gustaría verte. Te parece si nos encontramos en la cafetería "Goss Caffè". ¿Sabes dónde queda?*

—¿Verte conmigo? ¡Vaya, vaya! ¿Qué quieres de mí?

*Hola Mario:*

*Por supuesto que sí, me ENCANTARIA verte. ¿Te parece bien mañana a las 3:00 pm?*

Esperé varias horas por su respuesta y al final del día llegó:

*A las tres me parece bien. Nos vemos.*

Ahora solo tengo que atraerlo, seducirlo y matarlo. ¿No puede ser tan difícil, o sí?

Al día siguiente me dirigí al café, llevaba un vestido de cuero negro, a medio muslo, pegado a mi esbelto cuerpo, unas medias veladas negras y unas botas altas también negras. Me había recogido mi rojo y lacio cabello en una coleta. Como era de esperarse, recogía miradas lascivas de todos los hombres que me veían. ¡Cerdos asquerosos! ¡Estoy acabando con ustedes uno por uno! Sonríó al recordar todos los gritos, todas las suplicas, ¡ver ese miedo en los ojos de esos bastardos es tan reconfortante!

Entro en el café, un pequeño espacio con diez mesas esparcidas por todo el lugar. Me siento en la más alejada de la puerta y espero. A las tres y cinco veo a un hombre de unos veinticuatro años, alto, delgado, de tez blanca, cabello castaño y ojos cafés. Recorro el lugar buscando a alguien que tenga cara de estar esperando y finalmente veo un destello de reconocimiento pasar por sus ojos.

—Así que tú eres Mario—, pensé. —Vamos a ver qué es lo que quieres...—.

—¿Elena, verdad? — extendió su mano. —Soy Mario, mucho gusto— me dedicó una sonrisa.

—Elena— le respondí. — Un placer conocerte Mario—. Lo miré con deseo. —Tengo que matarlo, ¡tengo que matarlo lo más pronto que pueda!—.

—Bueno, quería verte porque necesitaba pedirte un favor— me confesó.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Me-me gustaría recrear una de tus fantasías— me dijo muy apenado. Sonreí. ¡Caíste! ¡Eres igual que todos los hombres!

—¡Oh!, ¿en serio? ¡Vaya! ¿Y qué te gustaría hacer? — pregunté coquetamente.

—No sé, sorpréndeme.

¡Vaya que lo iba a sorprender! Me levanté de mi asiento y me dirigí a la salida del café, a cinco cuerdas de distancia estaba el cementerio.

Mario caminaba a mi lado tranquilamente. Cuando se dio cuenta hacia dónde nos dirigíamos, solo alzo una ceja, pero no hizo comentario alguno.

Entramos, caminamos un poco por los mausoleos y llegamos un edificio de dos pisos. Saqué la llave de mi bolso y abrí el candado, abrí la reja y le dije a Mario —Sigue, tengo que cerrar de nuevo para no levantar sospechas—.

Él empezó a bajar los trece escalones que conectaban la superficie con el sótano. Cerré la reja y volví a poner el candado en su lugar. Bajé los trece escalones y me encontré con Mario que estaba mirando una cosa a la distancia.

—¿E—esa es la mochila azul de Andrés?

¡Mierda, la estúpida mochila seguía ahí! Antes de que

podiera decir algo más lo empujé fuertemente contra unos osarios. No gritó, en cambio sonrió.

Lo siguiente que sentí fue un horrible ardor en mi estómago. Mire hacia abajo y vi sangre roja y espesa saliendo a borbotones. Lo miré. Tenía una sonrisa de satisfacción en su cara. ¡Idiota, lo único que ha logrado es acelerar su muerte!

Esta vez no sentí el cosquilleo habitual, sentí un gran dolor al separarme del cuerpo de esa mocosa. Elena cayó al suelo, agonizando por la puñalada que este cerdo le acababa de propinar. Clavé mis ojos en él. Ya no estaba sonriendo, ahora tenía una expresión de absoluto terror.

—¿Q—qué—qué— balbuceaba.

Metí uno de mis tentáculos en su boca antes de que pudiera emitir algún otro sonido. Sus ojos se cerraron y su cuerpo se sacudió fuertemente debido al dolor. ¡Eso es bastardo, sufre!

—¿Qué pensaste?, ¿que con una navaja me ibas a matar? No seas estúpido Mario, he vivido cientos de años cazando hombres tan detestables como Andrés y como tú. ¡Cerdos incorregibles que creen que las mujeres valen menos y por eso las maltratan, las humillan, las violan...!—. Le di un fuerte golpe en su cara que lo lanzó a unos metros lejos de mí.

Su boca estaba ampollada y llena de sangre, al igual que el lado derecho de su cara, estaban totalmente quemados.

La tonta muchacha a mis pies empezó a botar sangre por la boca. —¡Mujeres como tú, tan complacientes con la escoria que son los hombres merecen una muerte mucho más dolorosa!— le dije.

Dos de mis tres tentáculos presionaron sus ojos hasta achicharrarlos. Se quedó inmóvil, así que dirigí mi aten-

ción hacia el imbécil que me observaba literalmente cagado del miedo.

—Y tú, tarado, hazme un pequeño favor antes de que te mate: si vas al cielo y ves a San Pedro dile que la Candileja le manda muchas saludes —dije con sorna. Lo último que vi de Mario fue su desfigurado rostro con una mueca de horror puro.

Volví mi atención hacia el cuerpo inerte de Elena. — ¡Maldición muchacha!, ahora tengo que buscar otro cuerpo, ¡es una lástima!— le dije. —Has sido una de las mejores anfitrionas que he tenido el placer de poseer—.

**Rothermus**  
*Natalia Gil*

*Estimado Joseph,*

*Sabemos de primera mano que ya está enterado de que ha sido el elegido para realizar la convocatoria de los nuevos integrantes de este año. El día de hoy a las 2 pm, un emisario le explicará cómo será el proceso para que no tenga dudas al momento de iniciar.*

*Muchas gracias por su atención,*

*Comité general de Rothermus.*

Joseph cerró su portátil con una fuerza descomunal. Ahora, aparte de su fastidioso trabajo como editor de la revista *El Monograma* y de sus labores diarias en *Rothermus*, tendrá que participar en la convocatoria y dar la información específica que exige la logia cada año.

Conclusión: en ese mes tendrá que editar dos veces la revista y aparte revisar el proceso de admisión por las noches, no podrá descansar.



Miró el reloj con desinterés y se exaltó. 1:55 pm. La noche anterior había salido a un bar con un par de amigos y llegó a su casa por pura suerte. No tenía idea de cómo había llegado sano y salvo. Lo único que le quedaba de recuerdo era la asquerosa resaca con la que amaneció después de tomarse toda una botella de ginebra.

Escuchó el timbre... — ¡Carajo! —. Se puso un pantalón en volandas y sin siquiera haber terminado, corrió hacia la puerta. Al abrir se encontró con un hombre de gabardina negra quien entró sin siquiera saludar.

—¿Joseph T?

—Sí, ¿cómo sabe mi nombre? —el hombre lo miró de reojo y lo ignoró.

—Sabemos que le ha llegado el mensaje cifrado de Rothermus... el hecho de que usted lo haya leído hasta hace apenas diez minutos no iba a implicar un retraso por mi parte.

—¿Quién le suministró esa información?

—No sea imbécil, usted está en Rothermus.

—No estoy familiarizado con el grupo de hackers de la logia.

—Nadie lo está, deje la paranoia que solo vine a darle unas indicaciones.

—¿Cómo fue que yo terminé involucrado en esto?

—No lo sé, yo solamente sigo órdenes.

El hombre se quitó la gabardina, la tiró en la butaca que tenía junto al televisor y se sentó en el sofá que había allí.

—Vea, sabemos que usted sabe cómo funciona esto...

Después de un momento Joseph lo recordó todo y se le pusieron los pelos de punta, era algo que había decidido sepultar en lo más recóndito de su memoria.

—Veinte son convocados, se les da la oportunidad de decir que no están interesados...

—Sí, sí... luego los mejores diez son seleccionados, los otros diez son fusilados.

—Veo que recuerda bien el procedimiento...

—¿Qué quiere que le diga?, simplemente me arriesgué cuando decidí aceptar la entrevista hace unos años.

—No sea tan ególatra.

—No tanto como usted.

—Ya veo porque ingresó, usted es hábil.

—Más que muchos, —dijo Joseph con suficiencia—. ¿Ya los convocaron?

—Sí, ya todos tienen la carta que les enviamos vía *e-mail*—, dijo con impaciencia el emisario—. Solo tendrá que instruirlos el primer día, de resto son entrevistas... usted sabe.

—¿Me enviarán el formato completo?

—Aquí está—. El hombre le arrojó un folio lleno de papeles al estómago, se levantó de la silla y tomó su gabardina. —Lea esa vaina y agilice—.

—Bueno, ¿y... si tengo dudas?—, preguntó Joseph.

—Pues envíe un mensaje y asunto resuelto—. El emisario salió dando un portazo, sin darle el chance a Joseph de resolver sus dudas.

\*\*\*

Bastante molesto, Joseph encendió su computador y abrió su correo electrónico buscando los e-mails dirigidos a los convocados, revisó los últimos correos emitidos y leyó el mensaje con detenimiento:

*Buenas tardes,*

*Para la comunidad de Rothermus es todo un placer informarle que ha sido convocado a una entrevista en la cual se seleccionarán las personas que harán parte de nuestra comunidad. Lo esperamos el día 1 del siguiente mes en el reconocido bar “Menezula”, ubicado en el centro de la ciudad a las 3 pm.*

*Atentamente,  
Joseph T.*

La fecha de la convocatoria era en menos de una semana, ahora en verdad estaba jodido. Tendría que empezar por repasar lo que recordaba de la iniciación y leer los folios para saber que explicarles a los incautos que entrarían como aspirantes.

Después de leer con detenimiento escribió las ideas más significativas de todo el proceso en un papel blanco. Era simple, Rothermus recibía veinte prospectos cada año, se trataba de mentes brillantes, pero poco reconocidas en el país.

Los veinte incautos recibían la invitación a participar en la convocatoria, a todos ellos se les decía que habían sido aceptados pero en realidad solo diez de ellos eran admitidos. El destino de los diez restantes era morir fusilados, porque a esta altura del partido ya tenían mucha información sobre la logia.

Claro, los integrantes de Rothermus no eran tan desalmados; si el convocado decidía a último momento no pasar a la iniciación, hacía un pacto de silencio en el que se comprometía a no divulgar lo poco o mucho que acababa de conocer de la logia.

Joseph tomó un vaso de agua y empezó a pensar sobre lo que tendría que decir.

—Carajo, en verdad, ¿es esto necesario?

\*\*\*

Joseph T se acomodó en una silla que estaba justo enfrente del tan aclamado bar “*Menezula*”, su dueño era uno de los integrantes más influyentes de la logia y prefería que todas las entrevistas y las preguntas se hicieran frente a él.

Uno a uno, los candidatos que habían contestado el *e-mail* diciendo que deseaban participar de la convocatoria fueron pasando. Dieciocho de los veinte convocados habían sido entrevistados, ahora la cabeza de Joseph martilleaba, ese proceso era todo un gasto de energía.

Cada uno de los convocados debía crear un perfil anónimo en la red y *hackear* algo como prueba de destreza. Al pasar la prueba cada uno de ellos recibiría información de la convocatoria únicamente por este medio.

Joseph estaba a un paso de conocer el otro lado de la moneda, ser el verdugo de los candidatos...

\*\*\*

Pablo tomó su computador portátil y revisó con desinterés los correos que en este punto atestaban su cuenta, había desde publicidad hasta mensajes de las redes sociales en las que estaba inscrito... —Como siempre, lleno de basura—, pensó.

Uno de los correos electrónicos llamó su atención de manera especial pues en el asunto del mensaje se podía visualizar “solicitud aceptada” y provenía de un usuario que

no tenía registrado; al abrirlo comprendió que al parecer no era él quien debía recibirlo, iba dirigido a una persona totalmente diferente:

*Estimadola aspirante,*

*La presente es para informarle que su solicitud de pertenecer al grupo Rothermus ha sido aceptada, lo esperamos el día 25 del presente mes con el fin de realizar el rito de iniciación.*

*En caso de que siga interesado responda este e-mail antes que se cumplan las 24 horas posteriores a la recepción del mismo.*

*Nuestros más sinceros agradecimientos,  
Joseph T.*

Esta era una de las mayores oportunidades de su vida, no tenía idea acerca del tipo de rito al que iba a asistir, pero la persona que debía recibir el mensaje acababa de aprobar algo y sería aceptada. Podría hacer parte desde de una logia y hasta de un grupo que empezaría una empresa. ¡Era su momento!

—No puedo hacerlo... la persona a la que va dirigido este *e-mail* es quien realmente se merece la entrada a este grupo... yo no.

—¡Claro que te lo mereces tarado!, si no le llegó el correo a la otra persona es una señal divina...—, contestó una voz en su cabeza.

—No hagas caso de ese mensaje, simplemente no te lo mereces... tú no eres capaz de algo así...

Tecllea la palabra *Rothermus* en el buscador de Internet, pero no aparece nada que le dé un indicio de lo que posiblemente va a hacer.

—Esta organización es tan selecta que envían mensajes secretos, de modo que la información le llega a un público restringido...

—Es una farsa, no aparece nada.

—¡Por favor!, si enviaron ese e-mail porque me necesitan.

—No eres lo suficiente...— salieron a relucir sus problemas de autoestima.

Ahora se encontraba frente a uno de los mayores dilemas de su existencia: no quería ser egoísta y aceptar algo que en verdad no merecía y tampoco creía merecer esa oportunidad... por otra parte sentía que si ese mensaje había llegado era por algo, así que volvió a leer el *e-mail*.

“*Usted ha sido admitido*”, eso lo resumía todo... ¡Se lo merecía!, eso estaba claro, pero no debía quitarle la oportunidad a alguien más.

Pero... no sabía quién era ese otro alguien, ¿cómo podría avisarle que había sido aceptado? No había forma... tendría que hacerse pasar por esa otra persona para suplir su ausencia, así que decide responder el mensaje de manera eficaz; debía escribir algo puntual para evitar que se detectara la diferencia.

*Estimados integrantes de Rothermus,*

*Para mí es un placer saber que me han convocado a la iniciación, estaré ese día de manera puntual, preciso la hora y el lugar para tenerlo presente.*

*Mis más sinceros agradecimientos,*  
P.

Trató de evitar cerrar el mensaje con alguna palabra comprometedoras que terminara delatándolo al dejar ver que no era la persona a la que iba dirigido el mensaje. Se incorporó en la silla y después de un par de minutos llegó otro mensaje de parte del mismo usuario que no tenía identificado.

*Buenas tardes P,*

*Agradecemos el hecho de que haya decidido optar por utilizar solo su inicial para mantener la confidencialidad.*

*Lo citamos el día 25 del presente mes, a las 11 pm en el parque principal de la ciudad.*

*Agradecemos su atención,  
Joseph T.*

Pablo miró el calendario. Faltaban exactamente 13 días para el día de la iniciación. Tenía que revisar con mucha precaución como debía actuar ese día. La “iniciación” podía convertirse en dos cosas: una forma de echarse al agua o simplemente podía demostrar que era capaz de entrar a una organización así.

\*\*\*

—¡Idiotas!—mascullaba Joseph mientras contestaba el último *e-mail* de uno de esos babosos a los que la logia llamaba candidatos. —Bueno... finalmente no son tan idiotas... al fin y al cabo son médicos, ingenieros, políticos... algo de inteligencia debe haber en ellos.

De los dieciocho convocados que asistieron a *Menezula*, solo quince habían respondido el *email*; para su desgracia,

ocho de ellos harían parte del grupo de imbéciles que serían borrados del mapa.

—¡Incautos!...la confianza les hará una mala pasada—, pensaba Joseph. —Ahora solo esperemos que este email les facilite la vida y acabemos con esto de una buena vez—.

*Queridos aspirantes,*

*Estamos haciendo la cuenta regresiva para verlos dentro de nuestro selecto grupo de mentes brillantes. Los esperamos en 13 días.*

*Agradecemos su atención.  
Joseph T.*

—Ese correo será suficiente... Si alguno de estos tontos se acobarda y no asiste se salvará del castigo, finalmente es su decisión... siento pena por los confiados que decidirán ir y no serán seleccionados.

\*\*\*

—¡Carajo! —gritó efusivamente.

—¿Qué pasó? —gritó su madre desde otro lado de la casa, Pablo desconocía en donde se encontraba ella en ese mismo momento.

—¡Nada, mamá!—,le instó automáticamente. Si ella entraba y veía ese *e-mail* le haría mil preguntas... no podía darse ese lujo.

—Está bien— dijo la madre —, ¿Tiene hambre, mijo?—.

—¡No mamá, gracias! —, gritó con firmeza. La voz de su madre no resonó nuevamente, de seguro se había rendido... Ya casi nunca hablaban, pero de vez en cuando se



veían resquicios de esa bonita relación que habían llevado cuando él era más joven.

Revisó su armario buscando la ropa adecuada para la ocasión, se probó un par de atuendos para ver qué aspecto quería reflejar. Se paró frente al espejo e imaginó cómo podría ser el verdadero destinatario del e-mail.

—¿Y si esa persona es mujer? o... ¿Será gay? ¡Dios! ¿Cómo saberlo? De nuevo comenzaron las voces en su cabeza.— Definitivamente no puedo ir, van a descubrirlo todo—.

—Claro que no puedes imbécil, esa persona si tiene talento y se lo merece—. Otra voz secundó.

—No le atormentes, se verá bien— dijo otra voz. Sentía que se estaba volviendo loco.

— ¿Esto es una broma?

—Esa ropa no le sienta, está fuera de su peso ideal— alegaba una de las voces.

—¿En serio?—pensaba, ya no sabía a quién creerle.

—El médico dijo que ya estoy en el peso ideal... —les contestó a sus dos interlocutores. —¡Qué tormento!—.

—¡Cada vez se ve más horrible!—Otra voz terció.

—¡Esa logia no te merece!—, decía otra a modo de gritos

Tanta ansiedad lo estaba llevando al borde.

—¡Corrígelo torpe, él no merece esa logia!, ¡es patético!

—No merece nada, lo que piensa hacer es deshonesto—. Esa voz tenía razón.

—¡Se lo ganó— Clamó por fin su conciencia.

\*\*\*

Joseph gira su cabeza sin prestar mucha atención, junto a él yacía el cuerpo de una mujer. Se levanta, toma un cigarrillo y se dispone a fumar en su balcón.

Siete días, solo eso faltaba.

Se levanta, se echa agua en su rostro y se mira con frivolidad en el espejo.

—¿Será que siempre me veo así de mal? —se pregunta de forma automática, entra a la ducha y sale del baño en poco menos de veinte minutos para continuar con su rutina diaria.

En cinco días finalmente obtendría las respuestas a todas sus preguntas, pero no sabía si esas fueran las respuestas que deseaba.

\*\*\*

Tomó un café antes de salir de la revista *El Monograma* y aprovechó para volver a leer el periódico. Ya sabía de memoria todo lo que debía hacer y decir en un par de horas pero no podía evitar sentirse nervioso. Posiblemente tendría pesadillas esa noche, no sería una noche normal. Le asustaba que no lo fuera.

\*\*\*

Pablo salió de su casa con un gesto inescrutable en dirección al parque antes indicado en el *e-mail* con el código cifrado que le había enviado el tal Joseph T.

Se miró en el retrovisor del automóvil buscando imperfecciones, después de pelear consigo mismo durante un rato para decidir qué atuendo ponerse, se decidió por unos *jeans* acompañados de tenis y una camiseta desgastada bajo una chaqueta de color oscuro, una pinta discreta y casual.

Parqué el automóvil a poco más de cuatro cuadras del parque, le sudaban las manos y su respiración se hacía cada vez más acelerada.

¿Era acaso una mala idea?

No...estaba en el lugar correcto, además sabía que se lo merecía.

Su reloj le indicaba que faltaban diez minutos para las 11 pm. Tenía poco tiempo.

Recorrió con tranquilidad el parque mientras observaba a varios grupos pequeños de jóvenes medio adormilados que disfrutaban de una bonita noche estrellada y a uno que otro vagabundo tratando de encontrar restos de comida en alguna caneca, de seguro ninguno de ellos sabía lo que estaba a punto de pasar.

—¡Claro que saben torpe!, deben estar vigilando... no puede ser azar—. Ese casi que fue un grito en su mente.

—¡No...!, es simplemente un parque bonito en el que la gente disfruta de una hermosa noche... es lo normal—, secundó su voz interior.

—¡Es mentira! Sabes que te siguen...

Pablo llegó al punto acordado y se quedó de pie frente a uno de los faros que iluminaban la pequeña plaza principal, la noche pasaba con calma y no veía nada inusual. Debía ser una broma.

\*\*\*

Un grito profundo perforó los oídos de Joseph, algo estaba saliendo mal. Uno de esos estúpidos a los que había llamado había olvidado las instrucciones que él había dado...

—¡Carajo! ¡Les advertimos que no podían gritar, que si lo hacían los llevaríamos a otra parte!

Joseph corrió en dirección a la estancia principal que estaba ubicada frente a uno de los pequeños locales comerciales que rodeaban el parque, ahí se encontraba ese adefesio.

No entendía cómo podría ser más despreciable la persona que tenía al frente, gritaba y forcejeaba mientras dos iniciados de *Rothermus* lo sostenían para continuar con el procedimiento. La bolsa que el individuo tenía en su cabeza no le dejaba ver quien era, pero de una u otra forma lo sabía... *era el convocado #13... Solicitud rechazada.*

\*\*\*

—En mis pocos años como integrante de *Rothermus*—, decía una voz profunda que provenía de un lugar no muy lejos de mí,— nunca había sucedido algo así... ¿Por qué hacen que uno los desprecie más de lo que ya los desprecia?!

El sujeto trató de gritar, pero los dos hombres sostenían con firmeza sus brazos para evitar que se quitara la mordaza. —¡Desgraciados! Creo que esta va a ser la primera vez en que...—sus palabras retumbaban en mis oídos.

—¿Van a sacar a alguien que ya estaba admitido? ¡Mierda!— pensó Pablo que seguía mirando todo a cierta distancia.

—No creo que matar a uno de los que no entraron sea tan difícil... en serio, usted me está jodiendo mis planes— dijo el hombre de la gabardina a Joseph.

—¡¿MATARLO YO?! No... No puede ser posible... ¡esas no fueron las instrucciones que me dieron!— dijo Joseph angustiado —Yo.... Solo.... Debía...

—¡Te lo dije inútil! Lo único que debías hacer era seguir las instrucciones que diera la logia, nadie te dijo que tenías que pensar...

—¡No puedo creer que después de todos estos años de servicio ustedes vayan a traicionarme!

Dos de sus antiguos compañeros de logia lo tomaron por los brazos pero él se retorció para poder soltarse del agarre de esos dos tipos.

—¿Qué me hicieron? —Joseph siente que su garganta se quema...

—¡Estos candidatos cada vez son más complicados!— dijo uno de los hombres con ironía.

—Seguro ese personaje estuvo influenciado por usted y su pensamiento subversivo, si no mire las últimas ediciones de la revista *El Monograma*...

El hombre que sostenía a Joseph del brazo derecho lo asió con fuerza. —¡Colaboren! —dijo con firmeza mientras le propinaban un puntapié que lo tumbó al suelo.

Acto seguido lo arrodillaron en el suelo mientras lloraba desconsoladamente pidiendo clemencia; las lágrimas empañaban la bolsa que cubría su cabeza mientras sus dos compañeros se burlaban de lo que le estaba pasando, ninguno de ellos se imaginaba que tal vez algún día ellos podrían ser los que estuvieran ocupando ese lugar.

—Ya saben cómo es muchachos... uno...dos...— cuenta el emisario.

\*\*\*

Uno de los nuevos iniciados quita la bolsa de la cabeza de Joseph y él recuerda que lleva un revólver el cual dispara como último acto desesperado —¡...tres..!

El tiro es certero, la bala queda en el entrecejo del emisario quien cae automáticamente al suelo.

Los dos iniciados que se disponían a acomodar las cosas para limpiar y esperar a la siguiente víctima corren para salvar sus vidas. Pablo mira la escena desde lejos. Su cita con la muerte casi se cumple pero hoy no era su día... No lo era...

## Los Objetos de la Casa Marriot

*C.J. Torres*

Los sucesos que antecedieron al incendio de la casa Marriot fueron una cadena de absurdos eventos que no ayudaron, en lo absoluto, a esclarecer a tiempo, la que bien pudo ser una tragedia evitada, y el hecho de que el único denunciante, además de ser poco fiable, era adicto a las drogas, en especial a la cocaína, y con antecedentes de violencia doméstica, no ayudó a detener una de las peores tragedias en la historia de aquella ciudad de cuerpos vacíos.

Fueron dos las líneas de cocaína que Víctor inhaló antes de estrellar su mirada con la del Cristo que duerme junto a él en su habitación, le pidió perdón, luego lloró a sus pies y le prometió que nunca más se inyectaría, que de ahí en adelante solo metería polvo, mucho polvo, pues el polvo era menos, según él, ofensivo. Enseguida encendió un cigarrillo, el último de una caja de doce, intentó encenderlo dos y tres veces, pero al yesquero se le alisó la piedra, entonces abandonó la idea de fumar y decidió ir a la azotea del edificio en el que vivía, a suicidarse.

Una vez allí contempló la noche, creyó ver gente a su alrededor, pero solo era la ropa que alguno de los otros inquilinos dejó colgada. Escuchaba voces, escuchó alaridos, creyó ver a un perro blanco que le acariciaba la pierna. Víctor se sacudió rápidamente, y moviendo los brazos en todas direcciones trató de alejar la idea del perro, que vio en su pierna la oportunidad perfecta para saciar su apetito sexual. Abrió los ojos y se acercó a la orilla de la azotea, se despidió de su madre, de su madrecita santa que tanto le rogó que cambiara de vida, que se gastó los millones que no tenía en tratamientos y clínicas de reposo. Se despidió de ella, de ella, y de nadie más.

Víctor sintió cómo el lado perverso del viento le seducía el rostro. No era una caricia, era una invitación a que acabara con su vida. Un susurro frío y húmedo recorrió su espalda, la muerte le habló al oído, la muerte lo convidó a su casa. El edificio, una decrepita torre de seis pisos, cuyas maculadas ventanas daban hacia el frente de la casa Marriot, apenas podía mantenerse en pie; las personas que allí vivían, lo hacían bajo su propio riesgo, aun así, había que pagar un alquiler que se traducía en diez mil pesos por noche, situación no muy alejada de la casa Marriot, una casona construida a mediados de siglo, y que otrora fue admirada por su arquitectura y particular belleza. Hoy día, y a los ojos de Víctor, era un nido igual de destartalado que el edificio que él habitaba, con la única diferencia de que en la casa Marriot, el arriendo, al parecer, costaba cinco mil pesos más.

Víctor tomó aire, infló sus pulmones y se imaginó el dolor que escondería el aroma de la noche una vez su cuerpo impactara contra el pavimento. Justo antes de tomar su última decisión, un automóvil negro con vidrios polariza-



dos del mismo color, se detuvo como todas las noches, en la entrada de la casa Marriot, y como todas las noches, de él bajaron tres hombres encapuchados, disfrazados con la ayuda del manto de la noche y entraron en compañía de una mujer rubia. Víctor siempre los observaba y hacía sus propias conjeturas, pero al final siempre llegaba a la misma conclusión, igual que todos los que vivían y deambulaban alrededor de la casa Marriot; esa casa que alguna vez fue un importante hotel de lujo, el más importante de la ciudad y un ícono dentro de la industria hotelera, había sido reducida a un antro especializado en el tráfico de mujeres.

Víctor, desde su ventana, en medio de su viaje, siempre era testigo de la misma escena: tres o cuatro hombres en compañía de una mujer bajaban de un automóvil de vidrios oscuros. Alguna vez Víctor, al igual que muchos otros, decidió entrar con la excusa de pedir una pieza, pero la única que vez que le fue permitido el acceso no logró ver nada que apoyara su hipótesis y la de sus vecinos; aunque tenía el dinero suficiente para pagar una pieza por lo menos por dos noches, fue sacado a punta de miradas y con la excusa de que al parecer, no había piezas disponibles. Al salir de allí caminó varias cuabras buscando un teléfono público para llamar a la policía. Ellos contestaron que era una pérdida de tiempo pues habían estado allí muchas veces y jamás habían encontrado evidencia alguna. La escena que se veía allí era algo bastante cotidiano: un viejo patio en el que varias mujeres lavaban ropa mientras algunos niños jugaban descalzos y algunos hombres fumaban mientras se afeitaban, convirtiendo la miseria de aquel lugar, en un acto demasiado evidente.

Al recordar que tenía que suicidarse alejó todos los pensamientos de su cabeza, de nuevo se despidió de su madre,

sintió ganas de orinar pero se aguantó, después de todo un cadáver meado no iba a generar diferencias. Víctor esperó que los tres hombres entraran en la casa con la mujer y se lanzó al abrazo del pavimento. Un segundo después su frente se estrelló con la baldosa de la pieza en la que dormía. Se había caído de la cama.

\*\*\*

Una de las mujeres terminó de ducharse, y luego de verificar el estado de una toalla que minutos antes mandó a traer, se secó completamente. Otra mujer mucho menor que ella le pidió prestado uno de sus labiales desde la cama que compartían; la mujer accedió, no sin antes recomendarle que usara el rojo puta, uno bien intenso que acababa de comprar, ya que dadas las condiciones de aquella noche, ese sería el ideal. Al comprobar la intensidad del color en el mismo sitio de la mano que utilizaba para inhalar cocaína, la otra mujer decidió seguir la recomendación de su compañera.

Dos hombres armados irrumpieron en el edificio y tocaron insistentemente la puerta del cuarto de las dos mujeres. —Es la policía, ya sabes lo que tienes que decir—, dijo la mujer mayor mientras apuraba la postura de sus ropas y se apresuró a abandonar la habitación.

Su compañera, con la cabellera húmeda todavía, continuó dándole color a sus labios, como si no pasara nada a su alrededor. Al salir, la mujer mayor saludó a un par de policías que dijeron haber sido llamados la noche anterior porque habían recibido una llamada anónima denunciando que varios hombres llevaban prisionera o secuestrada a una mujer rubia, caucásica, de entre veinticinco y treinta

años, vestida de negro y que habían sido vistos entrando al edificio. La mujer negó los hechos e invitó a los policías a que revisaran el lugar si así lo deseaban. Efectivamente, los policías revisaron todo, y más allá de una pobre vecindad atiborrada de niños pipones no vieron nada extraño. Pidieron disculpas y se marcharon.

Para cuando el reloj marcó las doce de la noche, la *madame* ya había ido a revisar que todo estuviera marchando de acuerdo a lo planeado. Visitó cada una de las celdas y se aseguró de que todos los objetos (término con el que se denominaba a las habitantes del lugar), estuvieran disponibles para dar inicio a la noche; exigió que se vistieran, que se lavaran bien sus genitales, y las obligó a drogarse. Enseguida ordenó a un par de hombres llevar a los objetos hasta el salón principal, pues la noche exigía su habitual cuota de excesos.

Los clientes, como era normal, entraron a la casa Marriot por una puerta diferente a la entrada principal. De inmediato fueron recibidos con besos y abrazos, y algunos que eran menos efusivos, fueron atendidos con un apretón de manos y ubicados en sus respectivas mesas con su objeto de preferencia. Cuando los tragos comenzaron a mostrar su efecto se dio inicio a la esperada subasta. Los invitados prepararon sus chequeras mientras los objetos iban subiendo uno a uno a la improvisada tarima, visiblemente golpeados y drogados para que los clientes fueran decidiendo sus preferencias. Algunos de ellos, los más temerosos de ser reconocidos, utilizaban todo el tiempo gafas oscuras, gorras, y suéteres con capucha, se escondían dentro de las sombras del improvisado bar y se valían de sus manos, en algunos casos disimuladas con guantes, para realizar o exigir cualquier tipo de acción.

El primer objeto en subastarse no llenó las expectativas de la *madame*, se vendió muy barato, de modo que apenas dejó lo suficiente para cubrir sus costos de adquisición, razón por la cual la *madame* maldijo la vida de aquel objeto lanzándole una mirada de soslayo que el cliente supo interpretar una vez se marcharon hacia una de las celdas con el fin de hacer efectiva la compra.

El segundo objeto si cumplió sus expectativas, lo supo desde que lo obtuvo, si con el primero tuvo pérdidas, con el segundo se recuperó y cuadró caja. El cliente, apenas ganó la subasta, le ordenó a uno de sus guardas, amarrar de pies y manos a su compra y llevarla a una de sus camionetas; para cumplir dichas órdenes el guarda debía introducir al objeto en un destartalado *Renault 4* que estaba parqueado a un par de cuadras y luego llevarlo al subterráneo de un centro comercial cercano, en el que había parqueado la Range Rover de su patrón.

La *madame* se sintió extasiada pues la subasta de la noche tuvo un gran éxito, a pesar del descalabro que se generó con el primer objeto, el cual ocasionó una fuerte discusión entre dos clientes, quienes por ese motivo fueron expulsados del bar y multados con dos meses sin poder participar de cualquier subasta organizada por la casa Marriot.

Al finalizar la noche, un objeto más fue llevado a la habitación de la *madame*; ¡era tan hermoso, tan llamativo, tan dueño de un aura angelical propia!... La *madame* decidió pasar el resto de la madrugada y el comienzo del día siguiente con él. Con el fin de tener toda la privacidad del caso le pidió a su compañera que buscara otra pieza para pasar la noche; su compañera aceptó a regañadientes. Apenas salió su antigua acompañante, la *madame* ordenó al nuevo objeto quitarse toda la ropa y sonreír, pero este

no le obedeció, así que, sintiéndose dueña de la situación al estar frente a un objeto drogado, sacó un cuchillo que tenía escondido en su vestido y le cortó las piernas; afuera se escuchó un aullido de dolor tal, que uno de sus guardas acudió rápidamente para averiguar si había sucedido algo, pero la mujer le habló desde el interior de la pieza y le ordenó marcharse.

Dos horas después, cuando ya la *madame* logró utilizar su nuevo objeto, le dijo que le diera gracias a la vida porque ella había decidido no cortarle la cara ya que eso depreciaba su valor en la subasta; justo cuando hablaba sobre subastas y dinero, uno de los celulares que tenía guardado en su habitación repicó. Se trataba de malas noticias: el primer objeto vendido la noche anterior por el cual perdió dinero, resultó ser menor de edad, y para completar su desgracia, a su corta edad, tenía la dentadura destruida, usaba una chapa, —¡una maldita prótesis dental!—, como le gritara al oído su interlocutor.

De un salto, la *madame* se desprendió de la sábana que la cubría y salió de la cama. Con rabia, tiró a un costado del piso al objeto que la había acompañado hasta ese momento, llamó a uno de sus guardas y le ordenó curarle la cortada de la pierna.

Enseguida tomó otro teléfono celular, dio la orden para que ingresaran las lavanderas con su tropa de niños pipones y marcó un número que se sabía de memoria. Al inicio de la llamada hubo un canje de habituales cortesías, luego la conversación fue subiendo de tono hasta que se calentó por completo en medio de un ir y venir de amenazas mutuas. La *madame* reventó el teléfono contra la misma pared que sostenía un dibujo de ella cuando tenía quince años, una vieja pintura desgastada.

Al otro lado su interlocutor, un hombre regordete, de gafas y completamente calvo que atendía el área de crédito y cartera de un infortunado banco, marcó otro número desde su celular. Las órdenes fueron claras. Primero ordenó que vendieran nuevamente al objeto sacándole todo lo que pudieran, para así recuperar algo de su inversión. Acto seguido, ordenó enterrarlo en el cementerio de la parroquia de siempre. La última orden fue que echaran gasolina, no mucha, la suficiente, dentro de las pimpinas de detergente líquido de unas cuantas lavanderas.

\*\*\*

Víctor se levantó aquella mañana con la sensación de haber dormido dos días seguidos, de hecho así fue; fueron los golpes a la puerta por parte de la casera lo que lo despertó. Víctor acomodó sus pensamientos y se movió hacia la puerta en medio de la niebla que le produjo la resaca de la traba de dos noches. La casera fue específica, o le daba diez mil pesos más o se largaba en ese mismo instante. Víctor sacó de su bolsillo un puñadito de monedas y con una bolita de billetes que guardaba celosamente en las medias, completando nueve mil seiscientos pesos. La casera le dio hasta la noche para conseguir los cuatrocientos restantes.

Buscó debajo de la almohada un pedazo de pan que recordaba haber dejado allí hacía dos noches y acompañándolo con agua del grifo y su última papeleta de perico, desayunó. Recordó los acontecimientos de la última noche frente a la casa Marriot: los hombres, la mujer, la oración al Cristo, la ropa colgada, su supuesto suicidio, y trató de comprender su realidad y alejarla de cualquier concepto asociado a la fantasía. — ¿Fue un sueño?, tal vez—, por lo

pronto buscó su celular dentro de la bolsa que usaba para guardar su ropa, era el último regalo de su madre; como protector de pantalla tenía una foto suya graduándose de bachiller junto a su madre. Miró la imagen y se deprimió, Luego de un rato viéndola, apagó el teléfono y salió de la pieza. Iba a venderlo.

Con los cuarenta mil pesos que le dieron por el celular, completó dos noches más de alquiler. Compró gaseosa, pan, salchichón y varias papeletas de bazuco, la situación no estaba para perico. Decidió esperar la llegada de la noche tomando gaseosa y fumando bazuco, aunque se quedó dormido durante un rato; el estruendo de varias sirenas finalmente lo despertó. Cuando logró organizar sus ideas divisó una imponente pared de fuego y una colosal pared de humo frente a su ventana. Intentó salir huyendo de la pieza pero la cerradura estaba atascada, intentó hacerlo también por la ventana, por la misma ruta que usaba para llegar a la azotea y así lo logró. Desde allí el panorama era devastador: la casa Marriot estaba complemente en llamas, y el fuego, siguiendo el cauce de la tragedia, había transgredido los límites impuestos por la calle y por los cinco mil pesos de menos y había llegado hasta la azotea en la que Víctor había encontrado refugio. Las primeras en incendiarse fueron las ropas colgadas. Se convirtieron en pequeñas bolas de fuego que quemaron las cuerdas que las sostenían; una vez el fuego consumió la ropa continuó con los cables de energía, con un depósito de cartones arrumados a un costado de la azotea, y desde allí, con todo lo que se atravesara en su camino de muerte y destrucción después de hacer estallar un cubo que contenía pintura y solvente.

Abajo, en la calle, dos camiones de bomberos hacían lo humanamente posible por contener el fuego. Varios cho-

rros de agua salían disparados hacia las ventanas. Víctor buscaba desesperadamente la forma de bajar de la azotea con vida, le pareció irónico que hace algunas noches había intentado quitársela, tal vez solo recordaba que quería morir, pero no de esa forma, no en medio de semejante incendio. Finalmente logró divisar una escalera que estaba recostada en la parte trasera del edificio. Vio como un niño pequeño a quien se le había quedado atrapada una de las botas de su pantalón en la reja que protegía la ventana de su pieza, trataba de zafarse, se escuchaban sus gritos de dolor. Víctor se sentía impotente, lo miraba sin saber cómo ayudarlo. Desde los linderos de la azotea también logró ver el cuerpo inconsciente de la madre del niño que estaba al pie de la ventana. Volvieron a mirarse y supieron que su suerte estaba echada.

\*\*\*

Dice el informe final de la tragedia, que el incendio de la casa Marriot se originó por un cortocircuito en un enchufe ubicado debajo de la barra de un bar ilegal que operaba en el sótano de la casa. El fuego se propagó rápidamente por todas las instalaciones. Un hombre de voz madura y queda, que al parecer era un detective y leía en voz alta el informe a un grupo de periodistas, manifestó que en el lugar fueron encontradas, además del bar, una serie de celdas en las que tenían personas secuestradas y en situación de explotación sexual. Uno de los periodistas preguntó que si se trataba de otro caso relacionado con trata de blancas, pero el detective fue enfático al declarar que en el lugar no se encontró el cadáver de ninguna mujer, ni uno. Otro periodista preguntó por las lavanderas, por los niños, y por todas las demás



personas que los testigos habían declarado que habían visto días antes del incendio. La respuesta del detective fue tan enfática como la anterior, no se encontró el cadáver de ninguna mujer ni de ningún niño, incluso, en el lugar no se tenían registros de ninguna persona arrendando alguna habitación, todas las piezas de la casa Marriot eran utilizadas como celdas para retener personas todas ellas de género masculino. Se encontraron cuarenta y dos cadáveres, todos de hombres entre los dieciocho y los treinta años, algunos estaban amarrados a las camas o encadenados. Así mismo, en el patio trasero de la edificación de al lado, fue encontrado el cadáver de un hombre que tenía entre unos veinticinco y treinta años de edad, trigueño, de pelo rizado, quien al parecer había llamado varias veces a la policía para dar aviso de lo que ocurría en la casa Marriot. El hombre murió debido al impacto que produjo su cuerpo al estrellarse con el piso; sin embargo se cree que este hombre trató, justo antes de caer, de salvar a un niño que agonizaba al borde de una ventana y protegiéndolo con su cuerpo evitó que el niño recibiera algún golpe, él es el héroe que deja toda esta tragedia.

## **Los autores**

### *Andrés Salgado*

Series como “De pies a cabeza”, “Tiempos difíciles” y “Cartas de Amor”, y telenovelas como “Perro amor”, “Juegos Prohibidos” y “El Joe, la leyenda” y “Celia” dan cuenta de la hoja de vida de **Andrés Salgado** como libretista desde hace más de 20 años. Ganador de cuatro premios nacionales a mejor libretista, incluyendo un Premio Nacional Simón Bolívar. Su faceta de escritor literario la sacó a relucir en 2015 con la publicación de su primera novela “**Martirio**”, la cual generó grandes controversias. En 2016 vuelve a estremecer la marea de la literaria con “**SEXY**”.

### *Natalia Gil*

Ha vivido gran parte de su vida entre letras, rodeada de relatos de ficción e historias caballerescas que posteriormente se convirtieron en sus ideas y sueños. Desde diciembre de 2013 (en compañía de otras personas) inicia *Lectores Bogotá*, un grupo de jóvenes para todas las edades, que busca promover la lectura y el interés por seguir creando. Actualmente estudia Gobierno y Asuntos Públicos en la Universidad de los Andes para entender el funcionamiento del Estado y buscar alternativas para mejorar la calidad de vida de las personas.

**C.J. Torres**

C.J. Torres, es un escritor colombiano, vive actualmente en la ciudad de Cartagena de Indias, cuna y morada de muchos escritores. Ha publicado a la fecha dos libros. El *Mundo de Mariana*, con *E-ditorial 531*. Y *7 tentáculos sin Cabeza*, con *Editorial Rossetti*. Ha participado en varias antologías entre las que destacamos *Los Cuentos de la Urraka*, y *Condenados*.

**Muricio Moreno**

Periodista por vocación, artista por devoción, escritor por pulsión y humano por diversión. Durante unos años, tuvo el orgullo de compartir planeta con John Lennon, Freddie Mercury, Gustavo Cerati y David Bowie. Estudió filosofía, pero la abandonó en busca de aventuras con amantes más fogosas que la fría razón. Pasó muchos años como profesor, pero se aburrió de tanto ego y se embarcó en la aventura sin retorno de vivir siguiendo su ser. Ama el café, la música y los animales.

Es creador, director y activo escritor de la *Revista El Muro*, un medio de comunicación alternativo que se enfoca en el emprendimiento y el empoderamiento. Actualmente, prepara diversos proyectos literarios, periodísticos y audiovisuales enfocados en el apoyo a las diferentes escenas artísticas del país y el continente.

**Margarita Arenas**

María Margarita Arenas nació en Bogotá, en un hogar amoroso rodeada de buenos lectores y un músico. En su juventud vio a su ciudad amenazada por las bombas y la violencia del narcotráfico de los años ochenta, mientras ella buscaba una carrera que llenara sus expectativas. En la Uni-

versidad Nacional descubrió el placer de escribir, años después se graduó como Licenciada en Lenguas Modernas de La Universidad de La Salle. Ha participado en numerosos talleres de cuento, novela y escritura. Recibió una mención especial en el *Concurso de Cuento Universidad de La Salle* para su cuento *Blue Eyes*. En el 2013 su cuento *Eterno*, fue publicado en la antología *Erase una vez...* un microcuento y en la *FILBO 2015* lanzó su primera novela *Donde guardas tus miedos*; en 2016 lanza su segunda novela *La Morpho*, ambas con *E-ditorial 531*.

***Laura Córdoba Ramírez***

Con veinte años de edad cursa segundo semestre de Creación Literaria en la Universidad Central. Toda su vida ha vivido en Bogotá, y aunque espera algún día salir del país, disfruta de la hermosa capital colombiana. Le hablaron por primera vez de los *booktubers* en el 2014, y en enero de 2015 decidió hacer su propio canal para así compartir sus opiniones y gustos con los jóvenes y demostrar que las palabras están encantadas.

***Angélica Contreras Bulla***

Angélica Contreras Bulla nació el 12 de febrero de 1996 en la ciudad de Bogotá. Amante de los pandicornios y la banda *The Pretty Reckless*. Desde muy pequeña se sumergió en el mundo de la lectura y encontró su vocación en las letras. Actualmente estudia Creación Literaria en la Universidad Central, tiene su propio blog de literatura llamado *Lecturas Adictivas* y es parte del *staff* de *Lectores Bogotá*.

